

III

**LA PALABRA QUE ACONTECE
“LA LECTIO DIVINA”
EN CLAVE DOMINICANA**



Introducción:

“Lectio Divina” una práctica tan vieja como –me atrevo a decir- como el Pueblo de Dios, y tan nueva como la vida de las Comunidades que están naciendo y viviendo de ella y que la están recuperando porque entienden que sólo a la “escucha de la Palabra” tendrán garantía de “vida verdadera”.

Vamos a acercarnos a la Lectio Divina, como uno de los modos de Orar de Nuestro Padre Santo Domingo, y como un estilo que está unido indisolublemente a vuestra vocación como Anunciatas: La Palabra que se anunció a María y que se hizo carne de su carne y vida de su vida; que se hizo Verbo, es la que se nos anuncia en la Lectio, y que reclama de vosotras un sí generoso para hacerse vida y anuncio al mundo, predicación.

Hoy se nos piden respuestas nueva, y estamos obligadas a darlas. Estamos llamadas, por vocación, a dialogar con nuestros contemporáneos, pero no de cualquier manera; ellos tienen DERECHO a que les demos una “PALABRA” de esperanza y de vida.... y por eso apelo a esa Palabra que se ha de hacer vida y que está a la puerta y llama: Jesús.

Estoy convencida que la única manera de construir sólido, de dar respuestas acertadas, es haciendo un esfuerzo positivo por situarnos ante la Palabra, dejando que Ella resuene y acontezca en nuestra vida. Sólo así podremos caminar con esperanza y con ilusión, podremos construir el Reino.

Nuestro recorrido para hablar de la Lectio Divina, de la Lectura de Dios, irá desde el Paraíso, desde los atardeceres del Génesis, en los que Dios se paseaba por el jardín, cuando corría la brisa y hablaba con el hombre como con un amigo; hasta el Pueblo de Dios que contempló la plenitud de los tiempos, cuando la Palabra puso su tienda entre nosotros; y desde los padres del desierto pasando por toda la tradición monástica, llegando a Nuestro Padre Santo Domingo, el “gran orante de la Palabra”.

**La propuesta “original”:
Dios busca al hombre – El hombre busca a Dios.**

Nos cuenta el libro del Génesis que la voz de Dios resonó en el paraíso buscando a Adán:

“Dios se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron a la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín. Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo: - Adán: ¿Dónde estás?. Éste contestó: - Te oí andar por el jardín y tuve miedo porque estoy desnudo: por eso me escondí. Yahveh Dios replicó: -¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo?” Gn 3,8-11.

“¿Adán, dónde estás?” La voz de Dios resuena en el paraíso buscando a la criatura que había hecho a su imagen y semejanza. Podemos decir que Dios quería hablar con el hombre como lo hacía cada día mientras paseaba tomando el fresco, “al aire de la brisa –según el relato citado del Génesis-. Parece que a Dios le agrada la hora de la brisa, es precisamente cuando ésta sopla, cuando se manifestará a Elías que ardía de pasión por su Señor -1Re 9,12-, pero que huía de Él, porque también -¡vaya coincidencia!- tenía miedo.

Pero el hombre, no estaba como cada tarde, había desobedecido a su creador y se había escondido pensando, ingenuamente, que no sería encontrado. El pecado había conseguido destruir la familiaridad entre Dios y el hombre con la que éste había sido creado. El hombre, se había incapacitado para hablar “cara a cara” con quien más le amaba... y por eso cree que escondiéndose se librará de la evidencia de su desnudez:

Nos encontramos en la génesis de nuestra historia de salvación con un hombre privado de la total libertad de expresión, de la espontánea posibilidad de disfrutar del silabeo de su nombre por parte de su Dios y Señor... Y esta ruptura en la comunicación provoca la “irresponsabilidad” para asumir las propias opciones, y lógicamente lleva al alejamiento o a la incomunicación con Dios. Incomunicación que incapacita para oír a rostro descubierto a “la Palabra” que se dirige personalmente, y lógicamente genera la “deshabituación” de oír la voz cercana y amiga, la voz paterno-materna del Único que nos ama a todo riesgo: Dios.

Veamos cómo se sigue desarrollando la “incomunicación unilateral por parte del hombre y la búsqueda de bilateralidad por parte de Dios

“Yahveh Dios replicó: -¿Quién te ha hecho saber que estabas desnudo?,¿has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?. Dijo el hombre: - La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí. Dijo pues Yahveh Dios a la mujer: -¿Por qué lo has hecho? Y la mujer respondió: -La serpiente me sedujo y comí...”

Aquí nadie quiere asumir su responsabilidad.... y por eso es más fácil esconderse y culpar a los otros.

Pero Dios no se resigna, quiere seguir buscando al hombre, quiere disfrutar de la brisa de la tarde en coloquios de amistad con su criatura. Y por eso, sigue saliendo a su encuentro:

“Entonces Yahveh Dios preguntó a Caín: -¿Dónde está tu hermano Abel?. Él le respondió: - No lo sé, ¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?. El Señor le replicó: -¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra...” Gn 4,9-11

Dios, aparentemente había perdido a su hijo, a su interlocutor, no obstante continua buscándole, saliendo a su encuentro, haciéndose el encontradizo. Es importante llegar al fondo de aquel diálogo primordial entre Dios y su Criatura, a la raíz de aquella ruptura: ¿qué ocurrió?, ¿qué misterioso hecho “cortó el cable de la comunicación”?

A Adán y a Eva –y en ellos a la humanidad- se les había dicho que serían “como dioses” -Gn 3,5-, y ellos pretendieron “ser Dios”. Y al querer serlo, se dieron cuenta de lo absurdo de sus pretensiones,...¡e ingenuamente se escondieron pensando que no serían vistos! Pero como Dios no se resignó a esta pérdida, desde entonces y de mil maneras sigue llamando al hombre, a la mujer, por su nombre; sigue saliendo a buscarle, y esta búsqueda es la que hace posible que el hombre también le busque porque sólo en Él está la fuente de la vida, la verdadera felicidad.

¿Qué nos dice el segundo relato citado del Génesis? La comunicación con Dios genera, además, la relación horizontal, de manera que las relaciones fraternas son las que en gran medida nos permite hablar con Dios “cara a cara”, sin tapujos ni vergüenzas. Lo contrario, las relaciones fraticidas,-Caín que mata a Abel-, nos incomunican e incapacitan para buscar de frente, a cara descubierta, su rostro.... Por eso a Elías en el texto citado del libro de Reyes, se le pide que salga de la cueva en la que se escondía, y que a rostro descubierto, al aire de la brisa, siguiera ardiendo de pasión por su Señor, y dialogando con Él; por eso a Caín se le pregunta dónde está, y a Adán por qué se esconde.

Tenemos a un Yahveh Dios que parece “frustrado” en su propósito dialogante, en su relación diáfana con sus interlocutores “imagen y semejanza suya”; y a un hombre, que parece ha perdido a su Dios y Padre, y que ofuscado por esta pérdida se deja arrastrar por el engaño de las cosas y de sus propias pasiones que comienzan a alterar el “orden y la armonía” en la que fueron creadas.

Pero, Dios no renuncia a sus planes, y desde entonces sigue buscando al hombre, y el hombre tiene que buscar a Dios, porque fuera de Él sólo siente sed, vacío, angustia. Y esta sed, esta insatisfacción profunda, es la que “alumbra” su camino en la noche oscura de la historia, mientras anhela el rostro de Dios.

Dios se forma un pueblo y le habla al corazón: Shema Israel –Dt 6,4-

Si seguimos leyendo la Sagrada Escritura, comprobamos que capítulo a capítulo la historia se repite, y vemos también que a pesar de las constantes evasiones y rupturas por parte de los hombres, Dios no renuncia y con tesón se empeña en salir al encuentro de su interlocutor: La criatura humana.

Veamos la historia de la salvación, que es nuestra propia historia de salvación con variantes explícitas o implícitas:

- ❖ Caín que mata a su hermano Abel; la humanidad va creciendo, y el mal y la corrupción, también –Gn 6,5ss-.
- ❖ Un hombre, Noé halló gracia ante Dios, acaece el diluvio, y en principio nacería una nueva humanidad.... Pero los hijos de los hombres siguen creciendo, se multiplican –Gn 10-...¡y se dividen!- Gn 11-
- ❖ Babel es el prototipo de la incomunicación entre iguales generada por la incomunicación con la voz primordial que nos llamó a la vida.

Fue entonces cuando Dios, decidió llamar a un hombre, Abran, pactar con él una alianza y hacerle una promesa... Con sus más y sus menos, finalmente Dios quiso formarse un pueblo, para hablarle al corazón, para atraerlo a Él y para restablecer aquella comunicación primigenia: Tenemos la historia de Isaac, Jacob, Moisés.... Dios se formó un pueblo, lo cuidó, veló para que avanzara, para que volviera a escucharle y no se apartara de su camino, y en el libro del Deuteronomio da su Pueblo la clave para re-encontrarse con Él, para re-ligarse a Él. Le grabó en sus entrañas una invitación, y lo exhortó al amor, que se revela en el conocimiento y cumplimiento de su voluntad. Recordemos Shema Israel (Dt 6,4-7), que entre otros pasajes se nos recuerda cada semana en la liturgia de Completas.

“Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba -guarda- en tu corazón estas palabras que yo te digo hoy. Se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas cuando estés en casa y cuando vayas de camino; al acostarte y al levantarte. Átalas a tu mano como un signo, que estén como una marca sobre tu frente; escríbelas en las puertas de tu casa y en sus postes.”

Si hemos seguido el proceso, innegablemente nos encontramos con el amor de Dios que crea y que sale al encuentro de su criatura, y con el hombre

inquieto que sabe que Dios le habla y “acosa”, que le busca y reclama para compartir sus bienes. Son estas actitudes y realidades las que se dan cita en la Lectio Divina en la que, como la Cierva que busca corrientes de agua, ansiamos al Dios vivo, (Salm 41) y nos dejamos seducir por su misterioso atractivo y reclamo.

Le buscamos, porque tenemos sed de Él. Pero no le buscamos de cualquier manera -no le encontraríamos-, el Salmo 118,1-2 nos dirá que es dichoso el que “lo busca de todo corazón”.

***“Dichoso el que con vida intachable,
camina en la voluntad del Señor;
dichoso el que guardando sus preceptos,
lo busca de todo corazón,
el que sin cometer iniquidad,
anda por sus senderos...”***

Por parte de Dios, podemos afirmar que esta búsqueda del hombre es fruto exclusivamente de su amor gratuito: ama porque necesita y quiere darse; y su amor que es difusivo reclama (re-clama) el encuentro. Y por eso le busca y le atrae con lazos irresistibles, que sólo son vencidos por la “bendita y famosa libertad”... pero Él sigue atrayendo eternamente.

Esta búsqueda personal de Dios por parte del hombre, y el encuentro personal con Él, se verifican en el diálogo de “corazón a corazón” en el que Dios comunica la plenitud de su amor.

En este diálogo “cordial” intervienen, el “verdadero Dios”, el “Dios vivo”, que habla a quien puede hablar y que desea vivamente comunicar la plenitud de su existencia personal, y para eso se abaja para elevar al hombre, a su mismo nivel; y el “verdadero hombre”, “imagen de Dios”, “aparición de Dios” que hace visible al Dios invisible que quiere encontrar a su creador del que se había apartado. Así, en el diálogo convergen **la sed Dios de encarnarse en el hombre y la sed de infinito que atormenta el corazón humano**. Los medievales decían que en este diálogo se encuentran “El Dios que nos acosa porque nos desea, y el hombre que busca ansiosamente al Dios que necesita” - *el Deus desiderans y el Deus desideratus*-.

Esta búsqueda y este diálogo, comportan una promesa de fidelidad cuya única cláusula esencial es el amor incondicional y fiel, un amor que excluye otros dioses y que comporta la opción fundamental de Dios por su pueblo y del hombre por Yahve su único Dios. Y eso, desde que Dios sella su alianza hasta Jesús que la recuerda ante la pregunta del Escriba que le pregunta cuál es el primer mandamiento –Mc 12,28-29-, y lógicamente hasta hoy.

La lectura detenida del Deuteronomio, particularmente a partir 5 al 10, nos pondrán en evidencia la presencia incondicional de Dios en la vida de los hombres y la relación profunda entre la Palabra del Señor que expresa su voluntad, y su amor gratuito: “**Escucha Israel.... amarás al Señor.... las palabras que hoy te digo....**” –Dt 6,4-

El Shemá se convirtió en la oración preferida del pueblo de Israel y de la piedad judía a lo largo de la historia.

Para el pueblo de Israel, la fe en el único Dios expresada en el Shemá, era la garantía de que ellos eran el pueblo elegido, el pueblo de la alianza, y contribuyó a excluir la posibilidad de otros dioses. Por otra parte crece en ellos la conciencia de que al amor es un mandamiento que conlleva el compromiso explícito de cumplir la voluntad de Dios manifestada en sus preceptos. El Shemá constituye el “credo”, la profesión de fe del pueblo de Dios, y en él tenemos la primera referencia a la palabra “memorizada”, repetida, rumiada, de la que vamos a hablar al abordar el corazón mismo de la Lectio Divina.

El mandamiento esencial, va acompañado del amor al prójimo –Lv 19.18 – y de él Jesús hará depender toda la ley y los profetas –Mt 22,34-40-: Podemos aquí recordar las dos primeras preguntas que citábamos del Génesis: “-Adán, ¿dónde estás?...-Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?...”

El Pueblo de Dios ora con la Palabra

Tenemos a un pueblo que tiene conciencia de ser el Pueblo de Dios, y que entre luces y sombras va avanzando por el desierto de la historia, buscando el rostro de Dios, mirándole de frente, y también ocultándose a su vista.

Este pueblo, tenemos constancia por la Sagrada Escritura, oraba con la Palabra. Y en su oración podemos, de la mano del Profeta Nehemías, descubrir una estructura muy similar a lo que hoy denominamos con el nombre de Lectio Divina. No podemos perder de vista, que el acceso a la lectura y escritura no estaba al alcance de todos, y que por lo mismo, la Palabra era más bien proclamada en el seno de la Comunidad. Esto se verá también a lo largo de la historia de la vida religiosa y de la evolución de la Lectio, en la que la Comunidad se reunía para que las/os más instruídas/os leyeran en voz alta. De ahí que se diera tanta importancia a la memorización, como camino de interiorización de la Palabra. Pero a esto volveremos más adelante.

El capítulo 8 de Nehemías nos dice cómo la Comunidad oraba con la Palabra. El texto presenta un método, que prevé la lectura, la explicación y la oración, y que se convirtió en la forma clásica de la oración judía, hasta llegar al cristianismo que ha sabido aprovecharse positivamente de ella.

El Nuevo Testamento da testimonio de esta oración, aunque sin hacer una descripción del método antes aludido. El texto de la 2 Tim 3,14-16, fundamentan cuanto estamos diciendo:

“Tú permanece fiel a la doctrina que aprendiste y de la que estás plenamente convencido: tú sabes de quien la has recibido. Recuerda que desde la niñez conoces las Sagradas Escrituras: Ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación, mediante la fe en Cristo Jesús. Toda la Escritura está inspirada por Dios, y es útil para enseñar y para argüir, para corregir y para educar en la justicia a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer siempre el bien”.

El Evangelio de Lucas, también nos da testimonio de la Comunidad reunida para oír la Palabra su explicación: Jesús entra en la Sinagoga, lee el texto y dice que se ha cumplido –Lc 4,16ss-. El jefe de la Sinagoga solía invitar a uno a hacer la lectura y a comentar el texto.

A lo largo de los siglos, los cristianos se abocaron a la oración a partir de la Palabra de Dios, reconociendo el señorío absoluto de ella y desterrando la piedad floja, débil y sujeta a modas y cambios superficiales. Esta oración fundada en la Palabra, es la que se ha transmitido hasta el día de hoy con mayor fuerza, y es, en gran medida, la que ha contribuido a la conciencia de

que en la Palabra es Dios mismo quien sale al encuentro del hombre, le habla y le devuelve la capacidad de ser hijo y de vivir como tal.

Existe una antigua tradición que viene de las comunidades judías de Jerusalén y de Babilonia, que empezó tal vez desde el tiempo del exilio en el siglo IV a.C. cuando los israelitas ya no tenían el templo, ni los sacerdotes, ni los profetas... Nunca como entonces tuvieron tanta necesidad de sobrevivir como comunidad. Se reunían para fortalecer su esperanza y su identidad religiosa, su confianza en las promesas de Dios y para comentar los textos sagrados. Entonces se dieron cuenta de que el estudiar juntos las Escrituras, los llevaba a conversar con su Dios, a "recordarle" a su Elohim las promesas que había hecho a sus padres.

Esta lectura orante de las Escrituras dio origen a las Casas de la Palabra : Bet midras, (casa del midras = explicación sagrada). En estas escuelas bíblicas se originaron los Targums (traducciones), la Misna (explicación de la Ley), el Talmud, los relatos hagádicos, que eran una forma de explicación de los relatos bíblicos por medio de narraciones edificantes.

El escrutinio de las Escrituras Santas tuvo su apogeo en tiempos de Jesús. Todos esperaban la llegada del Mesías y para ello releían las Palabras de los profetas, especialmente a Isaías y a Jeremías. Qumran, a las orillas del Mar Muerto, fue una comunidad judía dedicada a la copia, comentario y conservación de los textos bíblicos. Después de la muerte de Jesús, hubo también un gran esfuerzo por comprenderla desde los escritos antiguos. Los monjes a partir del siglo IV de nuestra era, fueron organizando su vida en torno al estudio y oración en las Sagradas Escrituras. Este ejercicio se llama desde entonces LECTIO DIVINA, (Lectura de Dios), aunque este nombre se remonta a Orígenes.

La Lectio divina no es lo mismo que la lectura espiritual, pues se trata de una lectura directa de la Palabra de Dios en si misma. Lectura, meditación, oración y contemplación son cuatro tiempos de este movimiento del espíritu hacia Dios.

Después de que Jesús enseña el Padrenuestro, hay un texto que muchos han llamado el texto "de la eficacia de la oración", - Lc.11,9-10 – y cuyas expresiones han sido aplicadas a la lectura orante de la Palabra, es más llegó a fundamentar este modo de oración ordenado a la relación confiada e interpersonal con Dios:

“Pedid y se os dará, buscar y hallaréis,, llamad y se os abrirá. Porque el que busca encuentra, y al que llama se le abre”.

De ahí se dijo **para la Lectio Divina: “leer buscando, llamar orando, hallar contemplando”.**

Para leer buscando: leer despacio, incluso escribiendo, en el papel y en la mente... para que se grabe en el corazón.

Leer meditando, repitiendo con los labios y el corazón, mental; repetición vocal y cordial. “Rumiando” una palabra que es pan, alimento, vida.

Orando, implorando aquello de que tenemos necesidad y suplicando la Palabra se haga vida y sacie la sed, o tal vez, la avive más aún.

Del coloquio, del diálogo confiado y suplicante, apenas hay un paso a la contemplación de Aquel que nos busca, seduce, acosa y atrae. Al que llama se le abre"...- Lc.11,10-

IV

La Lectio Divina en la tradición cristiana primitiva

La Lectio Divina, la lectura orante de la Biblia, era el medio eficaz por cual los cristianos nutrían su vida teológica, cimentando su fe, robusteciendo su esperanza y sobre todo dinamizando vitalmente su caridad.

La Lectio Divina es tan antigua como la misma Iglesia –aunque la formulación explícita tal y como la presentamos hoy haya tardado algún tiempo más- que vive de la Palabra de Dios y que depende radicalmente de ella como el agua de su fuente:

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo... Es necesario que toda la predicación de la Iglesia, así como la misma religión cristiana se nutra de la Sagrada Escritura y se rija por ella. Porque en los Sagrados Libros, el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos, y es tanta la eficacia que radica en la Palabra de Dios, que es en verdad apoyo y vigor de la Iglesia y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de vida espiritual. Excelentemente se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: ‘La palabra de Dios es viva y eficaz’ - Hb 4,12- ‘que puede edificar y dar herencia a todos los que han sido santificados’ - Hch 20,32; 1 Tes 2,13-.

La Lectio es la lectura creyente y orante de la Palabra de Dios, **“en Jesús”**... Es la lectura cristiana de su Palabra, porque se hace desde la visión de la Palabra cumplida del Padre. Esta certeza es la que arraigó en el corazón de los primeros cristianos y de los primeros hombres y mujeres que se fueron al desierto atraídos por la Palabra de Dios que resonó en sus corazones. Ellos hicieron la experiencia de algo que ya Jesús había dicho:

“El Espíritu os recordará lo que yo os he enseñado y os conducirá a la verdad plena” –Jn 14,26; 16,13-

Esta lectura orante fue la que alimentó a la Iglesia y a las comunidades cristianas; a los monjes y a las monjas. Inicialmente no fue una lectura metódica y organizada, no gozó de una estructura demasiado definida, sino que más bien fue la tradición transmitida de generación a generación, de padres a hijos, de maestros a discípulos, de pastores a fieles; transmitida a través de la práctica del pueblo cristiano.

Fue Orígenes el primero en utilizar la expresión *Lectio Divina*, afirmando que para leer la Biblia con provecho era necesario hacerlo con atención y constancia, volviendo a ella una y otra vez. También él insistió en que “lo que no se consigue con el propio esfuerzo debemos pedirlo en la oración. Es absolutamente necesario rezar –dijo- para poder entender las cosas divinas.

De este modo llegaremos a experimentar aquello que esperamos y meditamos”.

Más adelante esta lectura orada de la Palabra se convirtió en la columna vertebral de la Vida Religiosa, y en torno a ella –a la Palabra de Dios- escuchada, meditada y rezada surgió y se organizó el monacato del desierto. Y a partir de entonces, todas las reformas y transformaciones de la vida religiosa retomaron la Lectio Divina como fundamento y garante del espíritu evangélico que las animaba...

Es lo que ocurre hoy cuando en diversos sectores se habla de refundación de la Vida Religiosa, dando importancia fontal a la Palabra de Dios orada y discernida personal y comunitariamente. Las reglas monásticas de Pacomio, Agustín, Basilio, Benito, hicieron de la Lectura de la palabra de la Palabra de Dios, junto con el trabajo manual y la liturgia, el centro de la vida religiosa, siendo el trabajo tiempo para ahondar en silencio esa Palabra personal de Dios, y la liturgia el ámbito privilegiado para orarla y celebrarla.

V

Orígenes de la Vida Monástica y Lectio Divina

a. Los Padres del Yermo

Llega la paz constantiniana y con ella cesan los martirios y las persecuciones. Sin embargo, la Iglesia tiene necesidad del testimonio de radicalidad de los cristianos, y como ya no se da de manera tan habitual el martirio, que era tenida como la forma más perfecta de seguimiento de Jesucristo, se busca una vida plenamente en consonancia con el Evangelio, y se habla de un “martirio continuado”.

Son muchos los que se van al desierto para encontrarse a solas con Dios y consigo mismo; otros lo plantean como un camino para desafiar al tentador – como Jesús antes de comenzar su ministerio público- y para luchar contra sus vicios y defectos, procurando la identificación con Cristo.

En el desierto, renunciando a las comodidades e incluso a “necesidades” básicas, estos hombres y mujeres se lanzan a la aventura de vivir sobre todo “de la Palabra que sale de la boca de Dios”, sabiendo que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” –Mt 4,4; Dt 8,3-.

Hay algunos textos de la Escritura que fundamentan esta convicción y que vale la pena. Además de citar, de releer en su contexto. Veamos:

“Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh.” Dt 8,3

Yahveh que puede crear todo con su palabra, da vida a los israelitas con los mandamientos que salen de su boca.

“He aquí que vienen días, oráculo de Yahveh,, en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Yahveh” Am 8,11.

Los padres y madres del desierto, al retirarse al yermo quieren hacer la experiencia de la carencia de todo, para avivar la sed del único que les puede saciar.

Y por eso, se abocaron a la lectura de la Palabra que avivaba la fe, fortalecía la esperanza y les hacía arder en amor de Dios... Les ponía a tiro a la hora de la brisa, cuando Dios les dirigía la Palabra en el paraíso del propio corazón. El monacato desde el principio quiso llevar a la práctica, literalmente el contenido de esta invitación de Jesús, con el solo deseo de ser discípulo suyo.

“Si alguno quiere seguirme y no renuncia a su padre, a su madre, a su esposa e hijos, hermanas y hermanos, e incluso a sí mismo, no puede ser mi discípulo” –Lc 14,25-27,33

En el monaquismo primitivo, la dedicación a la Biblia era tal que algunos dijeron que aquellos monjes tenían dos grandes lujos: saber leer y escribir (cosa poco habitual en aquellos tiempos) y poseer numerosos códices bíblicos, que entonces eran muy caros.

Juan Casiano, Abad de Marsella (360-434)-que tuvo una gran influencia en Santo Domingo y en la primera generación de dominicos¹- fue el gran difusor en occidente de la raíz de la consagración que ha de alimentarse de la *Lectio Divina*, y así, advierte que para orar, no basta tener un ambiente de “desierto propicio”, ni tan siquiera una preparación intelectual determinada; todo eso ayudará, pero insiste a tiempo y a destiempo –y lo hace en las Colaciones que tanto leyó y rumió Santo Domingo- en que

“la ciencia humana, el estudio de los comentaristas de la Biblia, de poco o de nada sirven para alcanzar la `inteligencia espiritual´ de la Escritura, que alimenta al hombre interior, es decir, la vida de unión con Dios. Ciertamente –dice- que hay que leer asiduamente la Biblia; cierto que hay que esforzarse por aprenderla de memoria, a fin de repasar luego en silencio los pasajes aprendidos, sobre todo durante la noche, pues a veces penetramos en sus sentidos más ocultos, incluso durante el sueño. Pero lo que se necesita ante todo –insiste- es la PUREZA DE CORAZÓN”².

Pone Casiano en boca del abad Nestoros en las Colaciones una afirmación que es ilustrativa de sus convicciones:

“Si deseáis llegar a la luz de la ciencia espiritual, inflamaos ante todo en el deseo de la Bienaventuranza de la que se ha dicho, `dichoso los limpios de corazón porque éstos van a ver a Dios´ -Mt 5,8- Sólo después de desterrar los vicios y adquirir la humildad, será posible penetrar hasta el corazón de las palabras celestes y contemplar con la mirada pura del alma los misterios más profundos y escondidos. Y añade: “esto no lo da la ciencia humana ni la cultura de los hombres, sino tan sólo la pureza del alma ilustrada por la luz del Espíritu Santo”³.

¹ Dicen que Santo Tomás leía sus Colaciones para enfervorizarse antes de acometer el trabajo teológico. Cfr. Santo Domingo de Guzmán, Fuentes para su conocimiento. Bac 1987, pp 23,88,254,372,715.

² Casiano, Inst 5,35; Conl 14,10 y 11.

³ Casiano, Conl 14,9

A medida que somos capaces de reconocer nuestra “desnudez” y de presentarnos sin nada ante Dios que nos busca en el jardín de la vida; cuando hemos reconocido nuestra realidad y limitación, también nuestras posibilidades, y cuando hemos progresado en la purificación interior mediante la familiarización con la humildad, veremos cómo la lectura humilde y sin pretensiones, renueva nuestro interior y nos da respuestas para vivir en intimidad con nuestro Dios.

Miremos a Domingo en la línea orante de la Palabra de Casiano, y comprobaremos cómo su oración que arranca de la meditación de la Verdad, se hace oración humilde en gestos y actitudes, clamando al Dios de las misericordias.

Los autores de Reglas monásticas distinguen la *Lectio Divina*, como práctica personal, de las lecturas litúrgicas, y precisan las horas que hay que dedicar a la *Lectio Divina*, detallando algunos incluso, los libros que hay que leer. En los siglos V y VI ya encontramos la *Lectio Divina* institucionalizada y bien regulada: entre dos y tres horas al día.

VI

Tradición de los Padres de la Iglesia

Los Padres de la Iglesia de Oriente y de Occidente, inspirados, sin duda en el **Shema** deuteronomico y en la convicción de que la Palabra salva por su propia virtud, se abocaron a la práctica de la *Lectio divina* e invitaron a los fieles a que hicieran lo mismo en sus casas. Fruto de este celo son los maravillosos y sabrosos comentarios a la Sagrada Escritura que éstos les brindaban para acercarlos a la Palabra.

Los monjes, lo vemos claramente a lo largo de toda la tradición, convirtieron la Palabra en el centro, el eje y el fundamento de sus desiertos y monasterios. La llamaban «**la ascesis del monje**», y era su alimento diario. Ellos sabían muy bien que «**no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que viene de la boca de Dios**» -cf. Dt 6,3 y Mt 4,4-, y por eso se abocaron a saciarse de la mesa de la Palabra servida por el mismo Maestro que dijo: “**tomad y comed**”.

Llegó un momento en el que esta práctica fue fijando un método para ayudar a los principiantes. Éste método -que vamos a considerar detenidamente - partía de la experiencia de que el diálogo con Dios -decían los padres- tiene dos tiempos:

- **la lectura**
- **y la oración**

A propósito de esto vale la pena recoger algunas sentencias de estos Maestros, antes de introducirnos propiamente en el corazón de la Lectio Divina.

“Sé asiduo tanto a la oración como a la lectura. Ahora, habla tú con Dios; ahora Dios contigo.” -San Cipriano de Cartago a Donato-.

“Escucha a Dios cuando recorres con la lectura los libros Sagrados; habla con Dios cuando haces oración al Señor.” - San Jerónimo a Bonoso el anacoreta.-

“A Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras.” – San Ambrosio de Milán –

Sin embargo, el sentido de la Lectio Divina lo expresa San Jerónimo cuando escribe a su discípula Eustoquia, - una virgen romana – diciéndole:

“Sea tu custodia lo secreto de tu aposento y allá dentro recréese contigo tu Esposo. Cuando oras, hablas a tu Esposo; cuando lees, Él te habla a ti.”

Siguiendo las huellas de Hugo de San Victor, Guigo II de la Gran Cartuja (+1188) –conocido como Guigo el cartujano-, construyó una escalera de

cuatro peldaños que pasó a llamarse la *Scala claustralium*, o *escalera de los monjes*.

1. **Lectio**
2. **Meditatio**
3. **Oratio**
4. **Contemplatio**

Al ponerla por escrito, y dirigirla a su amigo Gervasio, quiere que este monje amigo suyo, a quien consideraba ejemplar, pudiera juzgar por la experiencia lo que él había formulado de manera teórica, aunque indiscutiblemente, esa teoría brotaba de una práctica asidua y sabrosa, como queda reflejado en sus escritos.

Guigo II nos enseña que cada peldaño tiene la virtud de producir algún efecto específico en el lector de la Palabra que Dios le dirige:

1. **La Lectio es un estudio atento de las Escrituras. Un estudio que busca la bienaventuranza.**
2. **La Meditatio, la encuentra.**
3. **La Oratio, la implora.**
4. **La Contemplatio, la saborea.**

Con esta descripción mediante los cuatro peldaños, Guigo sintetiza la tradición anterior, y la estructura de manera que pueda servir a los jóvenes que se iniciaban en la vida monástica.

La escala de los monjes tuvo gran acogida entre los espirituales, al punto que fueron muchos los que se entretuvieron en comentarla. Hubo quienes sólo se quedaron en los tres primeros peldaños, como un monje anónimo de la abadía de Salem que escribió:

“La lectura es buena; la meditación, mejor; la oración óptima. La lectura ilumina la mente; la meditación fortalece el ánimo; la oración alienta y sacia. Esta es la cuerda triple que según Salomón se rompe con dificultad. En estas tres cosas consiste la vida del espíritu, sin estas tres alas espirituales nadie llega a ser verdaderamente espiritual.”⁴

En nuestro estudio vamos a considerar, no sólo el camino de subida, sino también el de bajada, o el paralelo, aquel que es fruto de la unión con Dios y que se hace caridad y vida en los que buscan la perfección, en los hombres y mujeres que buscan el rostro de Dios que ***sale al atardecer, cuando sopla la brisa, pronunciando su nombre, porque necesita seguir compartiendo con él su proyecto de amor.***

⁴ J.Leclerq. Estudios sobre San Bernardo y sus escritos. Analecta Cisterciense 9. 1953 pp 181-182

Valga la advertencia de que la escala es ficticia, cada peldaño, no se da químicamente puro y de manera independiente de los otros. Los grados son estados que subsisten simultáneamente, o dicho de otra manera, coexisten pacíficamente sin interferencias, porque hay aspectos entre unos y otros muy similares.

Lectio, Meditatio, Oratio no son más que diversas actitudes de un mismo gesto: El del hombre que habla con su Dios teniendo ante la vista – o al menos en la mente – la Palabra de Dios escrita. La contemplatio es la experiencia sabrosa de Dios que se pasea por la propia existencia del orante y le revela y manifiesta los tesoros de su amor.

Los peldaños de la Scala Claustralium no son más que actitudes de un mismo gesto: **“El hombre que habla con Dios teniendo ante sí la Palabra, la Escritura”**.

Hay que decir que la Palabra en la *Lectio Divina* se convierte en lugar y medio del encuentro personal con Dios

Introducción

La práctica monástica de la Lectio Divina, a partir del siglo XIII fue perdiendo su supremacía inicial, tiempo en el que se da paso a la Lectio Scholastica, que es una lectura más doctrinal que sapiencial y misteriosa.

Por este tiempo nos encontramos a Domingo nutrido en las fuentes más clásicas de la Lectio Divina. No olvidemos su formación canonical, bajo influjo agustiniano, cuya Regla profesa, ni la influencia del Cister, del cual su obispo y amigo Diego de Acebes era un gran entusiasta, y con cuyos monjes compartió la tarea de la predicación.

Pero las circunstancias, y una vocación especial, van fraguando en el corazón de Domingo un nuevo talante. La Palabra se abre paso en su vida y vislumbra, cómo si se hace carne, en su vida, debe darse a luz en la Predicación: La Palabra orada en lo íntimo del corazón y en comunión con los hermanos en el cabildo, debe ser anunciada porque ella no está encadenada ni a los límites del monacato ni a los del Cabildo. Domingo se resiste a aceptar que la Palabra esté mudada al pueblo fiel, y esto quema sus entrañas.

Domingo, como los monjes, lee la Palabra en voz alta, pero no sólo para sí, la repite en el camino y habla de ella. Si la Palabra no está encadenada, ha de ser itinerante, si ¡se pone en camino!.

Sabe, por experiencia que el viejo sistema no da para más: la Iglesia ha perdido autoridad y se ha alejado de la fuente. Los tiempos nuevos requieren "originalidad", y por eso se va a los orígenes mismos de la humanidad y asiste a la escuela del "Shema Israel", donde Dios le manifiesta su palabra y él se siente urgido a enseñarla, a hablar de ella estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado.

Domingo advierte el peligro de disociar la vida de la Palabra, y por eso, emprende la reforma –sin proponérselo- asegurándola con la oración nutrida de la Palabra leída, orada y comentada.

Los predicadores de su tiempo, tanto los jerarcas como los monjes, han vaciado de contenido la Palabra, se predicán a sí mismos, y esto se convierte para él en un aguijón que lo pone en camino y echa las bases de la Orden. Asumirá los valores auténticos del monacato que le precedió, y se lanzará a la tarea de acercar la Palabra al Pueblo de Dios desde la autenticidad de vida, desde el seno de la Comunidad, y hablando exclusivamente de lo que aprende en la Contemplación, y ésta nutrida del estudio, la oración y la vida fraterna. Esto supondrá toda una revolución, que marcó positivamente a la Iglesia.

IIª.

Los mendicantes, un nuevo estilo

El siglo XIII, cuando comienza a decaer un estilo monástico por factores que no corresponde ahora analizar, es la cuna de un nuevo estilo de vida religiosa en la que las Órdenes mendicantes hacen una opción más radical y comprometida con los pobres, “los menores”, que llamará San Francisco.

Todas las ordenes mendicantes hacen de la Lectio Divina la fuente de inspiración para el movimiento renovador que promueven. A través de su vida comprometida, supieron poner la Lectio Divina que les nutría, al servicio del pueblo pobre y marginado en aquella época: Pobre de bienes y pobre de cultura y formación.

Sobrevendrá inmediatamente a la Iglesia un tiempo de crisis en el que la Lectio Divina se enfría y ni siquiera la vida religiosa fomentará la lectura de la Biblia. Esto alcanzará su punto culminante en el tiempo de la contrarreforma. El miedo al protestantismo haría que se perdiera, por temor, el contacto directo con la fuente. La lectio scholastica dará paso a la devoción moderna de tipo ignaciana, con unas connotaciones más psicológicas, y ésta a la lectura espiritual, que prefiere la devoción piadosa y los escritos devotos antes que la Palabra, a la cual se teme..

San Francisco introduce una dimensión cósmica a la lectura orante de la Palabra: El Dios todopoderoso, el Señor del universo que habla en la Palabra de la Escritura, se revela, para él, en la pequeñez de cada una de sus criaturas. La grandeza inconmensurable del hacedor del universo encuentra sus delicias en el corazón sencillo de quien se abre a su Palabra y procura – según reza el Evangelio de San Mateo- ser manso y humilde de corazón.

Domingo, por su parte, da a la oración toda la fuerza de la oración cristiana y deja que la palabra y el ejemplo de Jesús se haga vida en él.

Francisco ora y lee la Palabra en el santuario de la naturaleza; Domingo ante Cristo crucificado, o bien extendiendo él sus brazos en una suerte de identificación mística con Él. Ora por los caminos, retirándose a la soledad, ante el altar y reverentemente ante la Palabra.

Tanto para Domingo como para Francisco, el centro de la vida es la oración, la intimidad con Jesús, la Palabra cumplida del Padre, y por Él; uno y otro organizan su vida y consagran su persona a él, y desde Él a los preferidos del Reino: Los pobres... haciéndose ellos mismos pobres, itinerantes y mendicantes.

Respecto al binomio “ora el labora” de la tradición monástica –particularmente benedictina- cabe decir que tiene en ambos –puesto que es un mandato a la humanidad- una importancia fundamental.

Domingo da a las monjas de San Sixto –Regla N°18- la norma monástica del trabajo que se ha de alternar con la lectura y la oración.⁵ ***“Las hermanas de San Sixto en Roma, que el bienaventurado Domingo reunió en clausura y asoció a la Orden, pensaban sobre el trabajo, de acuerdo con la tradición monástica...”***



-Los frailes y las hermanas, reemplazarían con el tiempo, el trabajo por el estudio y la predicación como una forma de trabajo-

La vida de San Francisco a su vez, recoge un diálogo de Francisco con el hermano León:

El hermano León por la mañana ve humo en medio del bosque. Va a ver qué ocurre y se encuentra a Francisco junto a un pobre fuego... y ve que está quemando un cesto de mimbre que Francisco había estado haciendo con sus propias manos:

“-No será el cesto que estabas haciendo estos días, verdad? – preguntó-. – Sí, el mismo. –respondió Francisco-. -Y por qué los has quemado, ¿no te gustaba cómo había quedado? –preguntó asustado León-. –Sí, queda bien, hasta casi demasiado bien – replicó Francisco-. –Pero entonces, ¿por qué lo has quemado?. – Porque hace un momento mientras rezábamos tercia, me distraía tanto, que acaparaba toda mi atención. Era justo que en recompensa lo sacrificara al Señor. –explicó Francisco-.

León se quedó con la boca abierta, por más que se empeñaba en comprender a Francisco, siempre le sorprendía. Esta vez el gesto de Francisco le parecía de una severidad excesiva: - Padre, no te comprendo. Si fuera necesario quemar todo lo que nos distrae en la oración, no acabaríamos nunca. Además, sabías que el hermano Silvestre contaba con este cesto. –Sí, ya lo sé, -respondió Francisco- le haré otro enseguida, pero era necesario quemar éste, esto era más urgente...

- Quiero trabajar con mis manos –dijo Francisco- y quiero que todos mis hermanos trabajen. No por ambicioso deseo de ganar dinero, sino por el buen ejemplo y para huir del ocio. Nada más lamentable que una comunidad donde no se trabaja, pero ¡el trabajo no es todo, hermano León!. Puede, incluso ser un obstáculo temible a la verdadera libertad del hombre, es así cada vez que el hombre se deja acaparar por su obra hasta el punto de olvidarse de adorar al Dios viviente y verdadero. Por eso nos es

⁵ Cf.LCM 103.

preciso velar celosamente para no dejar apagar en nosotros el espíritu de oración. Esto es más importante que todo...”⁶

En uno y en otro, todo se ordena a la búsqueda del rostro de Dios, y todo se ha de ordenar a la penetración en el misterio de su voluntad a través de la oración en sus diversas formas, teniendo un lugar privilegiado la lectura de la Palabra, tanto en la liturgia como personalmente.

III^a.

Influencia agustiniana

⁶ Cf. Sabiduría de un pobre. Eloi Leclerc . Marova 1969. pp 143ss.

No debemos ignorar la influencia del Obispo de Hipona en Santo Domingo, sobre todo si consideramos que para Agustín fue precisamente el contacto con la Palabra el punto de partida de su conversión definitiva, y el crisol en el que se afianzó su fe-

El episodio del jardín, tan famoso, en el que Agustín siente una voz que le dice: -Toma y lee, toma y lee.... es determinante en su vida. Tanto, que ya convertido, y ordenado sacerdote, lo primero que pide a su obispo Valerio, en la Carta 21, es precisamente “un año sabático” para poder estudiar la Palabra.

Agustín conoció el monacato en Milán y en Roma y lo introdujo en la franja latina norteafricana. Su monacato coincide en lo esencial con la tradición precedente, pero tiene su sello personal. Por una parte, le preocupa e interesa la realización perfecta de la vida de la Iglesia –no sólo la vida del monje-, y el amor cristiano que ha de iluminar toda la existencia.

La influencia de Agustín es particularmente importante en la vida del monje-sacerdote, del monje-pastor de almas, del monje-misionero, del monje-culto y formado. Libera al monaquismo de la influencia pelagiana en la que se sobreestiman los propios méritos, y construye una vida sobre la doctrina de la gracia y la libertad.

Es importante la referencia a Agustín, entre otras cosas, porque, a la hora de escoger una Regla existente para su Orden, Santo Domingo escoge la de Agustín.

Aunque Agustín no hubiera tenido la idea de fundar una orden de vida apostólica, él había sido un apóstol y doctor, habiendo pasado su vida anunciando la Palabra de Dios y defendiendo la integridad de la fe contra los herejes de su tiempo.

La elección de la Regla de San Agustín dice mucho del proyecto fundacional de Domingo:

La Regla de Benito es tradicionalmente monástica, la de Agustín es además, la de la vida canonical;

Aquella es más extensa y específica y apenas si deja margen para una nueva organización de vida religiosa, y menos apostólica. Ésta, es mucho más genérica y reducida, con más flexibilidad y posibilidades de adaptación.

Pero, realmente ninguna consideraba explícitamente el tema de la predicación tal como lo concebía Domingo y sus compañeros. Pero, la figura de Agustín les resultó más significativa y acorde.⁷

“¿Bajo qué patronato más natural podría colocar la naciente Orden de Predicadores? Para Domingo no era tampoco un patronato nuevo; ya se había habituado a él durante largos años en el Cabildo regular de Osma, y las tradiciones de su carrera se avenían con su vocación actual mediante esta elección. Además, la Regla de San Agustín ofrecía sobre cualquier otra la ventaja inapreciable de ser una simple exposición de los deberes fundamentales de la vida religiosa. No se trazaba en ella ninguna forma de gobierno, ni se prescribía observancia alguna, excepto la comunidad de bienes, la oración, la sobriedad, la vigilancia de los religiosos en la guarda de los sentidos, la mutua corrección de sus defectos, la obediencia al superior del monasterio, y por encima de todo, la Caridad, cuyo nombre y unción llenan esas admirables y demasiado cortas páginas. Y así, Domingo, sometiéndose a sus prescripciones, en realidad no hacía más que aceptar el yugo de los consejos evangélicos. Su pensamiento quedaba libre en el cuadro hospitalario, esbozado por una mano que parecía haber intentado crear una ciudad en vez de un claustro. Sólo restaba construir en aquella ciudad común, al amparo de sus viejas murallas, el edificio de la Orden de Predicadores”⁸

A Domingo le conviene elegir la Regla del Obispo de Hipona, pero cabe la siguiente pregunta: La Orden, destinada a la predicación, al asumir una regla, que en su origen fue eminentemente monástica ¿se aproximará más a la vida claustral-monástica, o al ámbito canonical que en su momento la asumió?

Es evidente que la Regla de San Agustín contenía una serie de elementos destinados a formar el corazón solitario del monje y a santificar su jornada y su descanso. El Padre Lacordaire insiste en la pregunta de cómo compatibilizar la libertad que exige la predicación de los que siembran la verdad, con el descanso y la Vida Contemplativa.

Nuestro Padre, se las ingenió para compaginar todo y para, con habilidad, sustituir unos elementos de la Regla por otros más acorde a los fines de la Orden. Así, por ejemplo, sustituye el trabajo manual por el estudio, otras prácticas son mitigadas y otorga la dispensa para los que deben ocuparse al estudio y a la predicación, y cuando esto lo exija. De esta manera logra conciliar, la predicación y la vida monástica: La austeridad de la vida claustral daría a los hijos de la Orden la fuerza testimonial del que predica lo que vive y del que hace de su vida oración, para hacer después de su predicación una invitación a la íntima amistad con Dios.

⁷ Es interesante considerar que Agustín se inspira en la comunidad de vida de los apóstoles, y por eso su origen es apostólico. Está claro que ésta Comunidad de Jerusalén era Contemplativa, y que de la comunión de bienes materiales y espirituales, surgía la predicación.

⁸ Cfr. Santo Domingo y su Orden. Lacordaire. Edobesa San Esteban 1989. P.119

IV^a.
Domingo orante de la Palabra

Dicha toda la teoría, cabe acercarnos a Domingo orante, porque fue, precisamente su oración, la que más impactó a los testigos del proceso de canonización, y porque sabemos más de Domingo orante, que de Domingo predicador.

a. Modos de orar –VIII-

Domingo, sobre todo cuando ora, es un hombre libre y espontáneo. Citamos aquí el VIII modo, que dice relación directa a la Lectio Divina:

“Nuestro Padre santo Domingo tenía otro modo de orar, devoto y muy hermoso, después del rezo de las horas canónicas y también después de la acción de gracias que se hace después de las comidas. El tan sobrio en el comer y embebido del espíritu de devoción que habla asimilado de las palabras divinas que se cantaban en el coro o se leían en el refectorio, se retiraba a un lugar solitario, en la celda o en otro sitio para leer u orar, permaneciendo consigo y con Dios.

Se sentaba tranquilo, abría el libro y hecha la señal de la cruz, leía prestando su atención con dulzura, como si oyese hablar al Señor según cuanto dice el salmo: "Voy a escuchar lo que dice el Señor" (Sal 84, 9). Y como si discutiese con un compañero ora impaciente, ora sosegado en su voz y en su pensamiento disputaba y luchaba riendo y llorando al mismo tiempo, levantaba o bajaba la vista, hablando nuevamente en voz baja y golpeándose el pecho.

Si algún curioso en secreto hubiese querido observar al Santo Padre Domingo, le habría parecido semejante a Moisés que cuando penetró en el corazón del desierto llegó al monte Horeb, contemplando la zarza ardiendo y postrado en tierra oía que el Señor hablaba; este monte de Dios ¿no era quizás la figura profética del paso de la lectura a la oración, de la oración a la meditación, de la meditación a la contemplación? Y mientras leía en silencio, veneraba el libro, se inclinaba hacia él, lo besaba, sobre todo si se trataba del Evangelio, porque entonces leía las palabras de Cristo, proferidas por su boca.

A veces se cubría el rostro con la capa o también con las manos, cubriéndose la cabeza con la capucha, llorando todo lleno de deseo y acongojado. Después como si diese gracias a un personaje por los beneficios recibidos, se levantaba con reverencia, hacia una inclinación de cabeza y calmo y tranquilo consigo mismo continuaba la lectura.”

Como ya hemos enumerado –y veremos más detenidamente- todas las características de la *Lectio Divina* se encuentran presente en este modo de orar. Según este texto, -anota el Padre García Colombás- **“Domingo leía con fe, con atención, con la inteligencia y el corazón; leía activamente. Su contacto con Dios le llenaba de emoción; era un contacto personal e íntimo. Domingo a la vez que leía, oraba.”**

Cuando Domingo ora, vemos que se entabla un verdadero diálogo entre el lector y la Palabra de Dios. Cuando los monjes del siglo XIII se estaban olvidando de la práctica de la *Lectio Divina*, Domingo es fiel a la misma con renovada creatividad, y desde allí le da un nuevo impulso.

Domingo orante de la Palabra, se nos presenta como un discípulo⁹. Se hace niño, tienen la docilidad de un escolar –de los de antes- . Domingo se hace todo receptividad, no sólo para poder penetrar en el misterio del Reino, sino para dejarse penetrar por él.

Domingo se hace mendigo, y conciente de su desnudez –no se esconde como Adán en el paraíso- abre las manos, eleva los ojos, se hace él pura receptividad, y se abandona en el misterio del Dios que le acosa porque le ama. Y en esta actitud de acogida, Domingo espera que se realice en él la Bienaventuranza.

Domingo es también un “varón de deseos”. No se contenta con lo exterior de la Palabra: busca, pide, llama de día y de noche, con llanto y con clamor... insiste a tiempo y a destiempo, y cuando encuentra: ¡sigue buscando! La Palabra que ora, engendra en él el deseo de Dios, da a luz el amor, y éste a la vez aviva nuevamente el deseo.

Domingo, como Adán en el Paraíso, antes de la caída, habla con Él como con un amigo.

b. Domingo y la Palabra

Basta repasar las fuentes de nuestra historia, y concretamente de Santo Domingo, para comprender mejor por qué en la Orden la Palabra leída, meditada, estudiada, orada y contemplada tiene tanta importancia.

Cada vez que se habla del amor de Domingo a la Escritura, a continuación se indica que vendió los libros. Si en tanta estima tenía a los libros ¿por qué los vende? Su identificación con el Dios que le habla en la Escritura, era tal, que a Domingo, también llegaban los clamores del pueblo de los que habla Dios a Moisés en la Zarza, y sintiéndole a Él como Padre, no podía menos que vivir con sus hermanos “pieles vivas” como hermanos.

⁹ Cf. P. Lassus. *Quan Dieu parle*, en VS 129 (1975)

Citemos algunos textos de su vida que son reveladores de su amor a la Escritura, y de cómo la lectura de la Palabra de Dios, se convertía en palabra propia:

“Dijo también que raramente hablaba, a no ser con Dios, es decir, orando, o, de Dios.... Dijo que Fray Domingo aconsejaba y exhortaba con frecuencia a los frailes de la Orden, con su Palabra y por medio de cartas para que estudiaran constantemente en el Nuevo y Antiguo Testamento... Dijo que llevaba siempre consigo el Evangelio de San Mateo y las Cartas de San Pablo, estudiaba mucho en estos escritos, hasta el punto de que los sabía casi de memoria”.

Aparece aquí un punto típico de la tradición monástica referente a la memorización-interiorización.

Pedro Ferrando nos dirá que Domingo llenaba su espíritu de aquello que después iba a transmitir con su entrega total. Fue tan intensa su dedicación al estudio de la Escritura –dirá- que durante cuatro años apenas durmió, El oído de su corazón recibía la semilla divina como la tierra recibe el rocío; y el producto fue, no sólo la mies de santas meditaciones y reflexiones, sino la abundante cosecha de buenas obras.¹⁰

El libro en el que Domingo estudiaba, él mismo lo decía, era ***“el libro de la caridad”***¹¹, y en él quería que sus frailes y sus monjas bebieran con largueza.

¹⁰ Pedro Ferrando N°8 Narraciones sobre Sto Domingo. Ib p.224.

¹¹ Gerardo de Frachet, Vida de los hermanos. Cap. XXVI. P.428.

IV Parte

La Lectio Divina: Dinámica y pasos

Introducción

La Lectio divina se refiere a la lectura de la Palabra de Dios, pero según la tradición es la **lectura-escucha-orante de la palabra de Dios**. Es, como dirá el cardenal Martini, un ejercicio ordenado y metódico de escucha personal de la Palabra de Dios, en la que subyacen dos preguntas fundamentales:

¿Quién es Dios para mí?... ¿Quién soy yo para Dios?....

Y en la que cabe sólo una actitud: situarnos en el texto y contexto-, y hacernos peregrinos con el pueblo que atraviesa el desierto, invalido de nacimiento, cobrador de impuestos, publicano y fariseo, con un largo etc.

Decir ejercicio, supone -sin duda- un entrenamiento, implica un esfuerzo progresivo y sistemático. Supone una actitud de **escucha** y de **disponibilidad**. Esta disposición para acoger la Palabra provoca que después pueda ser orada en el corazón y celebrada en la liturgia.

La lectura de Dios, le llaman algunos, y a Dios nunca le acabaremos de estudiar, conocer. San Gregorio Magno dirá que la Lectio **es el arte de estudiar el corazón de Dios, y este corazón sí que es inacabable y da para toda la vida, por eso es una tarea “vital” en el pleno y doble sentido de la palabra.**

Notemos que no decimos lectura espiritual, sino lectura **de la Palabra de Dios**. No estamos ante textos que nos hablen más o menos bien de Dios, sino **ante su Palabra**. Por eso el nombre de **Lectio Divina: lectura de la Palabra Divina**.

La actitud nos la da, una vez más María: **“Hágase en mí según tu Palabra”**(Lc 1,38). **Su recuerdo ha de permanecer como presencia que acompaña y lo envuelve todo, a la hora de ponernos a la escucha de Aquel que quiere llevarnos al desierto para hablarnos al corazón, en expresión del profeta Oseas (2,16)**

En la Lectio Divina, nos ponemos en total disposición para que en el proceso lectio-meditatio-oratio acontezca la visita del Verbo. San Bernardo dirá que la Lectio Divina sería entonces “una apertura a un acontecimiento del Espíritu que introduce al orante en una conciencia, cada vez más profunda, de relación filial con el Padre”. Y Ruperto de Deutz, afirmará que “el amor que nos produce esta lectura es un símbolo de la procesión del Espíritu Santo que es el amor de Dios: El Padre nos regala la Escritura para que en ella aprendamos a conocer al Hijo”.

Con la *Lectio Divina*, el orante abre el oído a la escucha, ora escuchando, y en la escucha se le manifiesta la vida divina y su participación en la vida Trinitaria¹². Se hace la *Lectio Divina*, pero sobre todo, ACONTECE.

Esta lectura orante, es *divina* cuando es lugar de encuentro entre la Palabra de Dios y el corazón del hombre que le busca o se desea encontrar con Él. Y, no sólo cuando se lee la Escritura, verdadero *sacramento* que contiene la Palabra de Dios –DV24-, también cuando uno la aborda dispuesto radicalmente a acoger una Presencia. Dicho esto podemos decir que la *Lectio Divina* es, sin lugar a dudas un *auténtico Lugar teológico*. Lo será de una manera más perfecta en el ámbito de la celebración litúrgica. La *Lectio Divina* personal es esencial a la proclamación y audición pública de la Escritura, porque ayuda a personalizar las exigencia de la alianza; de la misma manera que es esencial la oración personal a la oración litúrgica.

Una última y necesaria aclaración: la *Lectio Divina* ha de hacerse siempre sobre la Sagrada Escritura y no sobre los textos de los Padres u autores monásticos, ni tampoco sobre libros piadosos.¹³

Un texto patrístico –por ejemplo- podrá tener un lugar de herramienta, instrumental, en la fase de la *meditatio*, que es el momento en el que orante profundiza en el texto con la ayuda de la razón, buscando el mensaje revelador, y sólo la Palabra de Dios es fuente de Revelación, los textos de los padres no son más que servidores de la Palabra. Por otra parte, Casiano recuerda que “*la lectura de la Escritura basta y sobra para la contemplación de la verdadera ciencia sin necesidad de las enseñanzas de los comentaristas*”¹⁴.

Sólo de la Escritura puede surgir *la Lectio Divina* –insiste Enzo Bianchi- como un arte de encuentro con el Señor caminado por la *escucha* que conduce al *conocimiento y al amor*.

La escucha –Shema Israel- desemboca siempre, cuando de la Escritura orada se trata, en la participación del amor, en el ser de Dios: “amarás”, porque sólo ama quien se abre a Dios que es amor manifestado en su Palabra, Jesucristo.

Sintetizamos lo dicho afirmando los rasgos esenciales de la Lectio Divina:

1. **Tener por objeto la Biblia.**
2. **El carácter sacramental.**
3. **Su estrecha relación con la oración.**

|

¹² Lectio Divina y vida monástica hoy. Enzo Bianchi, Prior de Bose.

¹⁴ Casiano, Institut. V,34.

Necesidad de una estructura

¿Es necesario tener un esquema para orar con la palabra? Es la pregunta objeción que me hizo una monja al abordar este tema. Leyendo un comentario sobre la Lectio me encontré con una afirmación que iluminó mi respuesta: “El niño aprende a andar, el andador se arrincona: El método sirve, hasta que uno aprende: la meta es poder llegar a andar sin andadores; prepararnos para el encuentro.” En esta materia, gracias a Dios, siempre seremos niños, y con variantes, siempre necesitaremos de la Palabra, aunque nos serviremos de ella de diversas maneras, según sea el momento personal, o el paso de Dios por nuestra vida en momentos concretos.

Una vez que uno ha aprendido a conducir, no tiene que estar consultando con el manual de la autoescuela a cada rato. La estructura ayuda, el esqueleto sostiene. Igual ocurre con la Lectio. Es un esquema que no puede ser rígido, porque la vida es flexible, pero requiere un orden, una disciplina, hasta “crear hábitos”, una vez creados, ya estamos habituados, y la Palabra se nos ofrece como un manantial al que vamos espontáneamente a abreviar nuestra sed.

Sintéticamente diremos que la Lectio Divina es un método de oración, que pretende unir Palabra de Dios y vida humana.

Es la lenta ascensión, y la bajada o descenso reposado: el avión no alcanza verticalmente la altura, asciende poco a poco; tampoco se lanza en picado desde las nubes hasta la pista de aterrizaje: se va acercando despacio al suelo: despegue y aterrizaje exigen del piloto un buen entrenamiento.

II Dificultades

Si bien es cierto nuestra época ofrece algunas ventajas para la práctica de la *Lectio Divina* como son una mejor formación intelectual, mejores y más abundantes medios, medios informáticos, etc., también ofrece algunas dificultades considerables que es preciso tener en cuenta a fin de estar alertas para no dejarnos acaparar por las mismas.

Baste enumerar el exceso de producción literaria, la falta de especialización o la superespecialización fragmentada, las prisas y tensiones personales y ambientales, el bombardeo de los medios de comunicación, la devaluación de la palabra y los mil ruidos que nos aturden, y que a fuerza de ensordecernos, nos incapacitan para el silencio que en ocasiones se vuelve, para muchos, una carga insoportable.

Tampoco podemos ignorar las dificultades que suscitan determinados textos, debido a la distancia cultural que nos separa de los hechos, a la diferencia de mentalidad y sensibilidad respecto al escritor sagrado y el uso de un lenguaje e imágenes, que no siempre nos resultan cercanas, significativas ni comprensibles. No pocas veces ante la dureza de ciertos pasajes experimentamos temor, ante la oscuridad de otros desconcierto, y ante situaciones incomprensibles en clave occidental del S.XX –XXI, impotencia.

Se detecta también hoy una crisis de “lectura clásica”, esto es: se lee poco, se lee muy de prisa, y se lee para almacenar la mayor información posible en tiempos record –tal es el caso de los exámenes en la mayoría de los sistemas educativos post-modernos-. Por otra parte prima la imagen sobre la palabra escrita o la lectura de un texto que pueda comprometer la vida, como es la Biblia. No podemos negar que el consagrado generalmente es lo que lee y lo que ora, y que su cualidad humana se manifiesta también en su modo de leer la Palabra y orar con ella.. En este sentido la *Lectio Divina* requiere un esfuerzo por armonizar La Palabra y las palabras, esfuerzo que lleva una carga ascética marcada por el dominio de sí, la concentración, el ayuno, que favorece que las fuerzas no se adormezcan... y la verdad es que no estamos acostumbrado a lo que nos cuesta.

El ritmo frenético, la falta de sueño y las ocupaciones, son otro obstáculo para una mente que debe estar alerta y un corazón que necesita serenidad. Al respecto alude, Isaac de Stella, comentando en una homilía las tres fases de la *Lectio Divina*: **lectio-meditatio-oratio**, como momentos en que “Dios te habla” (lectio), “tú le escuchas” (meditatio), “imploras” (oratio), dice: **“los que en el claustro cabecean sobre sus libros, en la Iglesia roncan en las lecturas, en el capítulo dormitan durante los sermones”**. Y con vehemencia reprende la negligencia de los que duermen mientras el Verbo de Dios les habla. Comentando este punto el Capítulo General de una orden

se preguntaba hace unos meses si el ritmo del trabajo ocasionado por la falta de personal, por el envejecimiento progresivo de las comunidades, la fragmentación de los horarios para atender a los mayores, etc. no constituía un peso aplastante para muchos hermanos que no podían ni siquiera abrir la Palabra de Dios con un poco de serenidad y descanso.

Existe en las nuevas generaciones un gran analfabetismo en cuestiones de fe –se sabe poco de todo y mucho de nada en esta materia- y esto dificulta la lectura objetiva de la Palabra, porque priva además el subjetivismo y las emociones del momento presente.

Se podría enumerar, la inconstancia y la dificultad para mantener la atención en cuestiones no siempre fáciles de entender, el intelectualismo, la superficialidad y la búsqueda de la lectura como medio para “distraernos” o para estar al corriente de todo.

En una Carta del Abad General del Cister apunta como dificultad propia de nuestra época el hecho de querer conseguir resultados inmediatos: Estamos en la sociedad del consumo en la que todo está organizado para producir lo más posible en el menor tiempo. Como hombres de esta época –dice- estamos afectados por esto y nos es difícil dedicarnos a lo que no nos reporta resultados inmediatos. Termina advirtiendo que el ejercicio de rumiar la Palabra no es fácil, pero que el esfuerzo por progresar en ella redundará en la calidad de la vida consagrada, de la vida de oración y hará más fecunda su misión.

III Medios y disposiciones

Consideradas algunas dificultades, es posible disponernos, a conciencia, para que en el encuentro con la Palabra ésta acontezca en nuestras vidas y sea fecunda según el proyecto de nuestro Dios.

A. Búsqueda de un lugar:

- Es muy importante, cuando vamos a orar, buscar un sitio solitario que nos invite a entrar dentro y a no dispersarnos. Un espacio donde se pueda orar “a mi Padre que ve en lo escondido”, para poder contemplarlo. La celda es un lugar privilegiado para gustar la presencia de Dios, (cf. Mt 6,5-6). Ése es el lugar del encuentro, de la lucha del corazón, el desierto en que Jesús oró y fue tentado (Mc 1,12; Mt 4,1-11; Mc 1,35; etc.), el lugar al que Dios nos atrae a sí para hablar a nuestro corazón y colmarnos de sus dones, transformando nuestras angustias y baches en valles y puertas de esperanza (Os 2,16-17).
- En la soledad, “solas con el Solo”, tenemos el ambiente apropiado para cantar al Esposo nuestros amores; para sentir que le pertenecemos sólo a Él, y para decirle que queremos para todos los hombres lo que Él nos da a gustar (cf. Os 2,18-25). La celda es pues, el santuario en que Dios, en ocasiones, nos pone a prueba a través de su Palabra; donde nos educa, nos consuela y alimenta.
- En la soledad, se manifiestan nuestras debilidades: Nuestra verdad, y como nos cuesta asumirlas... vienen la duda, la distracción, el “adversario” que nos invita a huir volviéndonos pesada la soledad.... Pero, no nos podrá abatir. Se trata de resistir en la lucha cuerpo a cuerpo con el espíritu del mal, porque el Señor no está lejos de nosotros: Está con nosotras, en nosotras.¹⁵
- Nos puede ayudar la creación de un ambiente orante: ante un icono, una cruz, un cirio.... el amor es creativo y lleno de detalles. Hay que vencer los reparos, y avivar todo aquello que nos recuerde que allí estamos para asistir a la “hora de la cita”.
- Vendrán ganas de huir y de ir en busca de las hermanas para “hacerles algún servicio”... Nos acordaremos de las “caridades” que tenemos pendientes... Se trata de resistir, permanecer en silencio... El Espíritu vendrá en nuestra ayuda. Tenemos que acostumbrarnos a tiempos de soledad, de

¹⁵ Cfr. La parábola de las pisadas en la arena.

silencio, de desprendimiento de las cosas y de las criaturas si queremos encontrar a Dios en la oración personal.... Cuando hayamos gustado “al Señor”, tal vez nos cueste menos... pero al principio, necesitamos ser fuertes y clamar al Espíritu para que venga en nuestro auxilio.

B. Silencio para que resuene la Palabra

No basta tener silencio, ni tan solo con disponer de tiempo para explayar el alma. Es verdad que ambos disponen a la serenidad y a la calma: abren la puerta a la paz. Pero, estamos en silencio y disponemos de tiempo ¿Para qué? Para que la voz de Dios que se pasea por el jardín de nuestra interioridad resuene y encuentre eco. ¿Cómo disponernos para este silencio?

- El silencio exterior facilitará el silencio interior: “El Maestro está ahí y te llama” (Jn 11,28) – dijo Marta a su hermana María-, y para oírle es necesario silenciar las otras voces: Para oír la Palabra es preciso bajar el tono de las propias y múltiples palabras.
- Un tiempo apropiado: Cada uno se conoce a sí mismo y sabe cuál es para sí el momento más apropiado:
 - el corazón de la noche
 - por la mañana temprano
 - al atardecer...

Cada uno ha de verlo en el orden de la vida y el ritmo de la comunidad. Es importante permanecer fiel a ese tiempo y determinarlo de manera estable –cotidiana- en la jornada. No es provechoso ni delicado ir a los tumbos, cuando sobre tiempo, improvisando y tapando agujeros.

- No digamos nunca: “No tengo tiempo”, porque el tiempo ha de estar a nuestro servicio y no podemos ser esclavas de éste.
- El silencio, y el tiempo de la *Lectio divina* pondrán un ritmo a nuestra vida. Estamos llamadas a orar siempre, sin cansarnos, sin desfallecer (Lc 18, 1-8; 1 Ts 5,17), pero para que esto sea viable, necesitamos adiestranos con tiempos concretos en los que nos vamos familiarizando con la Palabra y la voz del Señor. Los momentos preparados, cuidados, “mimados” son los que sostienen en nuestro interior el recuerdo, la memoria de Dios a lo largo de toda nuestra la jornada.

- Este tiempo para la *Lectio* ha de ser suficientemente largo, como para que la palabra penetre y suscite en nuestro interior una respuesta.... para recuperar la calma profunda, para estar en paz... para concentrarnos....¡ y para todo ello, bien lo sabemos, que no bastan unos pocos minutos. Los Padres dicen que para la *Lectio divina* se precisa al menos una hora.
- Un tiempo CADA DÍA ... cada día comemos, cada día hemos de alimentar nuestro espíritu y darle argumentos para vivir enamorado y fuerte. Hacerla sistemáticamente ayudará a que “las palabras” que nos llegan, cobren sentido sólo a la luz de La Palabra, sin dispersarnos. Este adiestramiento evitará que seamos los “oyentes olvidadizos” de los que habla la Escritura.

C. Disponer el corazón

No es suficiente soledad, silencio y tiempo... ¡hay algo más!... Un motivo, una razón que llene esa soledad de una compañía fecunda; que haga del silencio un espacio de encuentro; del tiempo un oasis de paz.

Es Dios quien nos llama a la soledad, al silencio para hablarnos al corazón. En la Sagrada Escritura, el corazón es el centro, la sede de las facultades intelectuales del hombre, es el centro más íntimo de la personalidad. De ahí, que el corazón disponible, es el órgano principal de la *Lectio divina* porque es el centro en el que cada hombre vive y se expresa tal como es. Pero, hemos de contar con nuestra limitación, porque éste puede ser:

- incircunciso (Dt 30,6; Rm 2,29)
- de piedra (Ez 11,19),
- estar dividido (Sal 118,113; Jer 32, 29),
- ciego (Lam 3,65).

El corazón del creyente puede muchas veces estar lejos de Dios, no informado por la fe. Pero también, a veces, el corazón del que tiene fe, del creyente puede estar embotado por las disipaciones, la bebida y los agobios de la vida (Lc 21,34), puede estar:

- endurecido, enfermo, esclerosado hasta el punto de no reconocer ni comprender las palabras y la acción del Señor (Mc 6,52; 8,17)
- puede ser inestable, inconstante, olvidadizo, propenso a tergiversar el sentido de la Palabra (2 Pe 3,16; Lc 8,13).
- Si nos disponemos a escuchar a Dios, es preciso tomar el propio corazón en la mano, elevarlo a Dios, para que lo transforme en un corazón de carne capaz de amar y abrirse al amor; presentárselo para que lo unifique, lo sane y lo purifique. Sólo un corazón de niño puede recibir los dones de Dios (Mc 10,45).

- No olvidemos que el Señor nos ha prometido un corazón nuevo, si lo invocamos (Ez 18,31), por eso, en la Lectio vamos con el corazón para:
- inclinarlo hacia su Palabra, mientras se lo presentamos conscientes de nuestras enfermedades y limitaciones (Sal 118,36).
- Responder a su clamor diario de “¡Ojalá escuchéis mi voz! ¡No endurezcáis el corazón!” (Sal 94,8; Heb 3,7).
- Para dejar que Él lo tome entre sus manos y lo ablande con el aliento de su Espíritu. Para el corazón duro la palabra de Dios resulta impenetrable, petrificada: “Esta palabra es dura. ¿Quién puede soportarla?” (Jn 6,60).
- Hemos de pedir al Señor para toda nuestra persona, cuyo símbolo es el corazón, “un corazón amplio, un corazón que escucha”, como lo pidió Salomón (1 Re 3,5).

“Cuando haces la Lectio divina, recuerda la parábola del sembrador, que presenta al Señor sembrando su palabra. Tú eres, en realidad, uno de esos terrenos: o pedregoso, o camino abierto a todo lo que pasa, o lleno de espinas, o bueno. La palabra debe caer en ti como en una tierra buena, y tú, «después de haberla escuchado con un corazón bueno y unificado, la guardarás produciendo fruto con tu perseverancia» (cf. Lc 8,15).

Es en un corazón purificado, unificado, sanado, donde el Padre, el Hijo y el Espíritu vienen a hacer su morada en ti para celebrar la Lectio divina (Jn 14,23; 15,4).

El corazón está hecho para la Palabra y la Palabra para el corazón: ayuda a esas bodas cantadas por el Salmo 118 en que su Palabra llega a ser tuya, en que tu corazón canta porque ha llegado a ser suyo.

Entonces tu corazón será el de un discípulo dócil a las cosas de Dios, capaz de experimentar la Palabra «sin glosa», verdaderamente a los pies de Cristo y pronto a escucharlo como María de Betania (Lc 10,39), capaz de meditar y de conservar sus palabras en tu corazón como la madre del Señor (Lc 2,19.51).

«Levantemos el corazón», canta la liturgia antes de la celebración eucarística. «Levantemos el corazón» es el primer grito de la Lectio divina.”¹⁶

D. Invocar al Espíritu Santo

Como nosotros no sabemos orar como conviene, el Espíritu viene en nuestra ayuda:

Disponer la Palabra - La Sagrada Escritura – ante nosotras, sabiendo que Ella contiene “La Palabra” que el Señor, por su Espíritu nos quiere dirigir.

¹⁶ ¹⁶ Cf Enzo Bianchi. Carta sobre la Lectio Divina. Pregare la Parola. www.ciudadredonda.org/

Entonces, invocar al Espíritu con confianza, para que, como en María, la Palabra se haga carne.

- El Espíritu es quien inspiró la Palabra, y por lo mismo es el único que puede hacerla comprensible (*Dei Verbum*, nº 12).
- Es el Espíritu el que da la vida, porque la “letra sola” mata. Ese Espíritu que:
 - descendió sobre la Virgen María, cubriéndola con su sombra gracias a su poder para engendrar en ella al Verbo, la Palabra hecha carne (Lc 1,34),
 - que descendió sobre los apóstoles para introducirlos en la verdad entera (Jn 16,13)...
 - tiene que hacer lo mismo en nosotras: tiene que engendrar en nuestro corazón la Palabra, tiene que hacernos entrar en la verdad.
- Hemos de aguardarlo, porque “aunque tarde, de seguro que vendrá” (Hab 2,3). Además Jesús nos dijo que vendrá: “Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, con cuánta más razón dará el Padre celestial el Espíritu Santo a quienes se lo pidan.” (Lc 11,13).
- El Espíritu nos ayuda para que la *Lectio divina* dé frutos y sea algo más que un ejercicio humano, un mero esfuerzo intelectual. Ora así:

“Señor, has querido que tu Hijo mismo, Palabra eterna que vivía en tu seno (Jn1,1-14) se haga carne y plante su tienda entre nosotros, naciendo de María y siendo concebido por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35).

«Envía ahora sobre mí tu Espíritu para que me dé un corazón dócil (1 Re 3,5), que me permita hallarte en estas Santas Escrituras y que engendre en mí a tu Verbo. Que tu Espíritu Santo retire el velo de mis ojos (2 Cor 3,12-16), que me conduzca a la verdad entera (Jn 16,13), que me dé inteligencia y perseverancia. Te lo pido por Jesucristo, nuestro Señor. Sea él bendito por los siglos de los siglos. Amén.»¹⁷

El salmo 118 es el Salmo conocido como el salmo de la Lectio, el Salmo del coloquio del Amado con el Amante, del creyente con su Señor. Sobre todo a los comienzos, este Salmo puede resultar de gran utilidad.

¹⁷ Ib.

IV La Scala Claustrium La Lectio Divina en la Escala de los monjes

Una visión de la Escala tradicional de los monjes, completada con el modo de comprender y vivir hoy la Lectio Divina, incluyendo también su dimensión comunitaria, nos servirá de base para continuar trabajando en ella, o para dejarnos trabajar por la Palabra. En este estudio vamos a detenernos un poco más en los cuatro escalones más tradicionales de la Lectio Divina.

1. STATIO = PREPARACIÓN: Tiempo de “calentar los motores, de disponerlo todo para la “escucha” de la Palabra.

Para el atleta sería este el momento de la concentración previo al disparo que le invitará a lanzarse a la carrera.

Se le llama, también, traduciendo literalmente la “estación”; el sitio en el que se hace un alto antes de continuar la marcha, o donde paran los trenes que nos llevarán a destino.

Es el punto de partida, el tiempo y el lugar de la “disponibilidad” para ponernos en camino.

a. Prepararnos a:

- Leer
- Pensar
- Orar
- “Rumiar”
- Mirar
- Escuchar
- Dialogar

Es importante disponer no sólo el cuerpo, sino también el espíritu. Retomando lo anteriormente dicho, es el momento de poner medios a la obra: ¿Cuáles?

b. Medios:

- Escoger el sitio
- Alejar de nosotras las inquietudes
- Invocar al Espíritu
- Situarnos ante “La Palabra”
- Fijar nuestra mirada y nuestro corazón, con respeto, ternura, etc... en la Sagrada Escritura
- Disponernos en actitud de acogida para el momento sublime del encuentro

c.. Referencia Bíblica:

- La exhortación del Bautista que nos invita a la conversión ¡en el desierto!: “Preparad el camino del Señor, enderezad su senda” (Mt 3,3)
- La actitud de María para acoger la Palabra: “He aquí la esclava del señor” (Lc 1,38)
- La invitación de Dios a Moisés a “subir” a su presencia, con lo que esta subida implica de dejar y de ascenso: “Prepárate para mañana, sube al amanecer al monte Sinaí y espérame allí” (Ex 24, 12ss)... ¡se trata de esperar al Señor!
- No puede faltar la referencia a Samuel, que con actitud reverente, orante, en el corazón de la noche dice: “Aquí estoy. Habla, Señor, que tu siervo escucha” (1 Sm 3,10)

d. Actitudes – “Ocupación”

- Silenciarnos: alejar de nuestra mente y corazón todo lo que nos dispersa y ponernos en manos de Aquel que quiere dirigirnos su Palabra”.
- Sintonizar “de corazón a corazón” con el Señor al tiempo que le pedimos el don de la fe para no desfallecer.
- Entrar en el aposento de nuestro corazón, ponernos cómodos y “cerrar la puerta” porque estamos por asistir a un momento sublime.
- Hacer silencio de modo que sea posible escuchar ¡hasta nuestra respiración! Hay a quien le vienen bien hacer algunos ejercicios de respiración para relajarse. Cada una sabe qué necesita o qué le puede ayudar... y si no, intentarlo, buscar los medios más afines a cada una.

Es el momento de sintonizar con María, de invocar al Espíritu que la cubrió con su sombra, para que nos dé sus dones y podamos aprovecharnos mejor del don de Dios.

Actitudes fundamentales son:

- La humildad, porque Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. La humildad le seduce al Padre, porque en ella descubre el rostro de su Hijo que dijo de sí mismo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,28) y porque fue la actitud que descubrió en María y que le atrajo irresistiblemente.
- La limpieza de corazón, porque sólo los de corazón limpio pueden ver a Dios. (Mt 5,8).

e. Invocaciones:

- Señor, aumenta mi fe (Lc 17. 5)
- Señor, ¿a quien vamos a acudir? Tu tienes Palabras de vida eterna (Jn 6. 68)
- Señor, enséñame tus caminos
- Enséñame a cumplir tu voluntad (Sal 119, 1-18)
- Envíame tu luz y tu verdad (Sal 42 -43-)
- Concédenos, Señor que sepamos escuchar tu Palabra como Palabra de vida para que sea la norma constante en nuestro vivir diario. Amen.
- Señor, ¿a quien vamos a acudir? Tu tienes Palabras de vida eterna: enséñanos a permanecer siempre atentos a tu llamada.

2. LECTIO = LECTURA: **La Palabra es escuchada mientras se lee con atención y profundidad.**

Es el tiempo para oír a Dios que nos habla. Es este propiamente el primer peldaño – en la escala de los monjes- de la “Lectio Divina” y es precisamente la “Lectio”, y este hecho, no es casual porque de esta lectura y del modo cómo la realicemos va a depender el que la Palabra nos llegue y penetre.

Hemos de pensar que no estamos ante cualquier lectura: Estamos ante la Palabra de Dios y por tanto hemos de leer bien, con respeto y cariño a la vez:

- Hacer una lectura inteligente, rumiando lo que proclaman nuestros labios.
- La lectura nos ha de ayudar a captar el sentido literal y espiritual del texto, de modo que nos interpele profundamente.
- No podemos caer en la superficialidad limitarnos a “qué me dice la Palabra”, sino saber realmente qué dice, y desde el contexto en el que está dicha, situarnos para dejar que el mensaje resuene en nuestra vida.

¿Qué leer? ¡La Sagrada Escritura! ¿Cómo? ¿Qué libro? ¿Por dónde comenzar?

a. La selección de la lectura

- Abrir la Sagrada Escritura y leer el texto escogido. Hay quienes suelen abrir la Sagrada Escritura al azar y dicen: - “Vamos a ver qué me dice la lectura.”, qué me dice Dios. Ocasionalmente es posible hacer este tipo de lectura, pero no es ni el estilo ni el objetivo de la Lectio. Por tanto: No escoger al azar la lectura, porque la Palabra de Dios no se desperdicia y ni se manipula: no es un Bingo en el que se sortean buenas o malas nuevas.

- Podemos seguir el leccionario litúrgico y abocarnos a los textos que la Iglesia nos ofrece cada día, esto nos dispondrá también a vivir más intensamente los tiempos litúrgicos.
- Podemos también leer un libro de la Biblia desde el comienzo hasta el final.

Tratar de ser fiel a este principio: La lectura continua del leccionario o la lectura sistemática y seguida a un libro de la sagrada Escritura, son esenciales para una disponibilidad-obediencia diaria al plan de Dios; para una continuidad en la *Lectio* y para no caer en el subjetivismo de la elección de un texto que agrada o del que uno cree tener necesidad..

- Se puede también elegir un libro indicado por la tradición de la Iglesia para los diferentes tiempos litúrgicos, o una de las lecturas del leccionario ferial: No multiplicar los textos: un pasaje, una perícopa, unos versículos son más que suficientes.
- Si optamos por seguir en la Lectio Divina los textos de la misa del domingo, tener presente que la primera lectura del Antiguo Testamento y la tercera –el Evangelio- son paralelas y que se nos invita a orar con esos dos textos.

b. ¿Cómo hemos de leer?

- No leer el texto solo una vez, sino varias, e incluso en voz alta si es que no voy a molestar a nadie.
- Hacer una lectura lenta de la Palabra de Dios, con pausas muy frecuentes.
- Si se sabe algún pasaje de memoria, no leerlo con rapidez, sino pausadamente, al mismo ritmo que el resto del texto.
- Puede ayudarnos escribir el texto y volver a copiarlo, de modo que se vaya grabando en nuestra mente y corazón.
- Las expresiones que más nos han conmovido, subrayarlas con un lápiz y colocar al margen una palabra que sintetice aquella impresión fuerte...
- Hay que leer no sólo con los ojos sino con el corazón
- Es muy importante leer los textos paralelos, las nota de pie de página, etc. El gran criterio de lectura de la Sagrada Escritura en la Tradición rabínica era que “La Palabra se interpreta a sí misma” o “La Escritura se interpreta a sí misma”.

Que la lectura sea escucha (*audire*) y que ésta pase a ser obediencia (*oboedire*). La prisa aquí no tiene cabida: Se necesita una lectura relajada, pausada, con tiempo, porque la Palabra ha de ser, además de proclamada, ESCUCHADA . Es Dios el que habla y la *Lectio* no es más que un medio para llegar a la escucha. «Escucha, Israel» es siempre la llamada de Dios que tiene que provenir del texto hacia una misma.

c. Actitud interior

- Mantener el alma vacía, abierta y serenamente expectante.
- Lectura desinteresada; no buscar algo como doctrina, verdades, frases bonitas, soluciones a mis problemas, consuelos, argumentos para darme la razón o rebatir a otros...
- Leer "escuchando" al Señor de corazón a corazón, de persona a persona, atentamente, pero con una atención "serena", sin ansiedad...
- Evitar la ansiedad por entenderlo todo intelectual y literalmente de una vez. Ver qué dice el texto y qué me quiere decir Dios en este contexto.
- No estancarnos en frases sueltas que, tal vez no entendemos, sino dejarlas y preocuparnos de entender el conjunto de lo leído.

d. Medios prácticos

- Cambiar los nombres propios que aparecen en el texto –algunos– por el nombre de cada una, así ubicarnos en el contexto y aplicarnos la llamada, el mensaje a nivel personal.
- Hacer lo mismo cuando se trate de actitudes o valores, reemplazarlos por el nombre propio: Nos revelará sorpresas muy grande. Por ejemplo 1ªCo 13, reemplazar la palabra caridad o amor por el nombre propio....¡y escribirlo!
- Si la lectura no nos "dice" nada, ¡tranquilas y en paz! Seguramente la Palabra fraguará en el corazón y en su momento se nos manifestará su sentido: ¡hay que tener siempre paciencia en las cosas de Dios, como Él la tiene con nosotras!
- Copiar algún fragmento del texto y llevarlo encima para repetirlo durante el día, para memorizarlo, si es posible.

3. MEDITATIO = MEDITACIÓN: ¿Qué dice? ¿Quién me dice? ¿Qué me dice?

Es el tiempo de hablar con Dios sobre lo que nos ha dicho y ha llegado a nuestro corazón.

Descansar en el Señor y aguardar a que su Palabra nos infunda su fuerza, su luz, su ánimo.

Meditar significa profundizar en el mensaje leído y que Dios quiere comunicarnos.

La meditación requiere un esfuerzo, tal vez fatiga, porque la lectura tiene que llegar a ser reflexión atenta y profunda.

Antiguamente -y ahora hay movimientos que retoman esta costumbre de manera carismática-, era costumbre aprenderse de memoria la Escritura, de esta manera, el creyente se veía ayudado en esta reflexión porque podía repetir en su corazón, con facilidad, la Palabra escuchada o leída. También hoy se nos invita a consagrarnos a esta reflexión, según las propias capacidades y según los medios intelectuales que poseamos... Según la sensibilidad orante y el deseo de Dios.

Hoy contamos con innumerables medios exegéticos, patrísticos, espirituales, que nos ayudan para la comprensión del texto y para la meditación del mismo, con todo, lo realmente importante en la *Lectio divina* es el esfuerzo personal al servicio de la Palabra: la lectura atenta. Es muy importante resaltar la importancia que se da hoy a la Comunidad como ámbito donde la Palabra orada personalmente, alcanzar resonancias increíbles, por aquello de “donde dos o más se reúnen en mi nombre...(Mt 18,20)

a. Actitudes

- Dejar que la Palabra resuene y nos traiga noticias personales del mensaje Pascual de Jesús: De la liberación del pecado y de la muerte.
- Apertura a la Palabra, no pretender que ella nos diga lo que ya sabemos: eso es presunción; ni lo que más necesito: eso es consumismo; ni lo que me gustaría encontrar para mi situación personal: eso sería subjetivismo, egoísmo reconcentrado.
- Humildad para reconocer que no he comprendido mucho, incluso nada, y que lo comprenderé cuando Dios quiera: Esto es obediencia,... si todavía necesitas leche, no puedes aspirar a un alimento sólido (1 Co 3,2; Hb 5,12).
- Es el tiempo de rumiar las palabras en el corazón (la «rumia» de Casiano y de los Padres) y luego aplicárnoslas a nosotras mismas, a nuestra situación, sin perdernos en el psicologismos, en la introspección y sin acabar haciendo el examen de conciencia.

- Es Dios quien nos habla: Tiempo de fijar en Él la mirada, por si le vemos: “Mirarle, depende de nosotros, verle, depende de Él” –decía una joven novicia-.
- Evitar el escrupuloso análisis de los propios límites y deficiencias ante las exigencias divinas que la Palabra nos hace descubrir.
- Maravillarnos del que nos habla al corazón, del alimento que nos ofrece, más o menos abundante, más o menos dulce o agrio, pero siempre saludable.
- Recuperar la capacidad de asombro ante la Palabra que queda depositada en nuestro corazón.
- Dejar que la Palabra nos atraiga y transforme en imagen del Hijo de Dios sin que sepamos cómo.
- Gozar con la Palabra y dejar que ella sea para la propia existencia alegría, paz, salvación.

Dios nos habla, tenemos que escucharlo y asombrarnos ante sus obras, en la historia de la salvación y en la propia historia; como María que cantó “El Señor ha hecho obras grandes por mí, su nombre es santo” (Lc 1,49).

Nuestro corazón es un lugar litúrgico donde celebramos el encuentro de La Palabra con nuestro corazón.

b. Líneas iluminadoras

- Meditare... rumiare -escribe Leclercq- significa adherirse íntimamente a la frase que se recita. Significa asimilar el contenido de un texto por medio de una masticación que le extrae todo su sabor.
- Unidad de Meditatio y Oratio: ¿Cómo paladear y masticar la Palabra de Dios sin responder cordialmente a esta Palabra que salva y libera?
- En la Meditatio, las cosas que hemos leído, nos creemos que han sucedido, pero ahora tienen que actualizarse místicamente en nosotros, escribió San Gregorio Magno.

c. ¿Cómo meditar?

- Quedarnos en silencio y dejar que resuenen las Palabras leídas. Dejar que ellas nos interpelen.

- Dar vueltas con la mente y el corazón al texto y tratar de captar el mensaje central: ¿Qué dice? ¿Qué me dice?
- No se trata de comer todo lo recogido, hay que almacenar un poco para el invierno, mientras saboreamos el alimento que tenemos delante.
- Fijarse en los personajes que aparecen en el texto:
 - ¿qué hacen, qué dicen?
 - ¿cómo actúan?
 - ¿qué prejuicios llevan?
 - ¿cómo se abren a la gracia?
- Pensar lo leído referido a uno mismo: Que la Palabra vaya cayendo poco a poco en nuestro corazón como lluvia suave.
- Sentarnos como María, a sus pies y gozar convencidas de que no hay nada más importante en ese momento.
- Mirar a los personajes y ubicarnos frente a Jesús... mirarle...
- Dejar que broten espontáneos sentimientos de: amor, agradecimiento, petición, adoración, humildad, entrega, dolores de parto...

“Vosotros que recorréis los jardines de las Escrituras no tenéis que recorrerlos de prisa o con negligencia. Cavad cada palabra para extraer de ella el Espíritu. Imitad a la abeja hacendosa que recoge de cada flor su miel.”

4. ORATIO = ORACIÓN: **Es el tiempo de responder con mi palabra a La Palabra. Se inicia el diálogo que surge de la vida**

Respondemos a sus invitaciones, a sus llamadas, a sus inspiraciones, a sus mensajes, dirigido a través de la Palabra comprendida en el Espíritu Santo.

La meditación tenía por fin la oración. Éste es el momento.

a. Actitudes

- Evitar ser la charlatanería: hablar con confianza y sin temor.
- Lejos del ensimismamiento, elevar el corazón al rostro de Jesús que emerge del texto
- Dar cauce a la creatividad y ponerla al servicio del Señor y de la necesidad de estar con Él comunicándose. Aquí no hay indicaciones generales porque el encuentro personal con Él es inédito:

¿Qué se puede decir del fuego, cuando se está sumergido dentro?
 ¿Qué se puede decir de la oración-contemplación al término de la *Lectio divina*, sino que es la zarza ardiente en que el fuego abrasa?

b. Estados

Es erróneo pensar que el camino de la oración es fácil, lineal, matemático; lo es también creer que llegados a este punto, seguro que “gozaremos en la oración”.

En la oración se mezclan muchos sabores y sinsabores, luces y sombras que emergen de la Palabra y de nuestra limitación, así podemos encontrarnos, ante la Palabra:

- Con temor y amor apasionado a la vez. ¡Cuántas veces experimentamos en nuestro interior la contradicción... Se trata de permanecer ¡amando!
- Con espíritu de acción de gracias o en sequedad espiritual,
- Con entusiasmo o atonía corporal, palabra que habla y palabra muda: Encuentro de nuestro silencio -“no tengo ganas de hablar”- y el silencio de Dios -“no siento que me dice nada”-están presentes y se interfieren en nuestra *Lectio divina* y oración día tras día.

Lo importante es ser fiel al momento del encuentro.

Poco a poco la Palabra hace su camino en nuestro corazón y va superando los obstáculos, distracciones, tentaciones, etc. que frecuentemente se presentan en el camino a quien quiere caminar por el camino de la fe y adentrarse en la oración, en la intimidad.

Sólo el que permanece atento a la Palabra, sabe que ella que Dios es siempre fiel y que no deja de hacerse el encontradizo y de hablar al corazón, sabe que hay tiempos en los que la Palabra de Dios se hace extraña (1 Sam 3,1), y otros en los que se manifiesta en una suerte de epifanía; sabe que estos tiempos de dificultades, de desánimo, de aridez espiritual son una gracia que nos recuerda qué lejos está todavía nuestro pleno conocimiento de Dios.

Es una tarea apasionante, pero ardua. Exige una disciplina, que no queda sin recompensa, aunque lo fundamental es el amor que anima y sostiene la búsqueda incansable del rostro de Dios.

Abba Juan el Exiguo preguntaba un día a Abba Juan el Antiguo: «¿Cuál es la fatiga más grande y la obra más difícil del monje?». El anciano respondió con los ojos arrasados en lágrimas de alegría y de dolor: «Es la Lectio divina».

c. Principios a tener en cuenta

- De la Meditatio brota la Oratio como respuesta al Señor que ha hablado. Se nos ha dado un texto y con él elevamos nuestra alma a Dios en oración.
- La Palabra nos da luz y es fuego que enciende nuestras entrañas en “deseos” –no lo olvidemos, ¡Dios tiene en cuenta nuestros deseos!, decía Teresa de Lisieux ; y San Agustín “Tu mismo deseo es tu oración. Si mucho desea, mucho oras”.-
- La luz pone en evidencia los “desórdenes” que hay en la casa interior: el propio pecado. Y puesto que Dios es más importante que éste, surge aquí la oración de “Pedir perdón”, como actitud humilde que dispone el corazón para ver a Dios, para contemplarle y para contemplarlo todo por sus mismos ojos y según su corazón.
- La Palabra nos ayuda a leer nuestra propia historia como historia de salvación, entonces la oración se vuelve alabanza, acción de gracias, “eucaristía”.
- La oración es un don gratuito de Dios que sale a nuestro encuentro y nos seduce: Es encuentro de amistad con quien sabemos que nos ama.

“El orante se apropia de la Palabra leída.

La Palabra de Dios se hace palabra personal que vuelve a Él en forma de oración”

La oración aviva la sed de Dios, y ésta nos hace experimentar la insatisfacción y el deseo de “más” amor, intimidad, entrega, don”

5. CONTEMPLATIO = CONTEMPLACIÓN: Hemos llegado a la cumbre, a la cima de la montaña, y allí, ante la zarza que arde sin consumirse, nos postramos (Ex 3,3-6).

Es el tiempo de permanecer en silencio ante la Palabra manifestada. Aquí las palabras sobran, sólo resplandece “La Palabra” y surge el diálogo sin palabras: el del corazón, con el lenguaje del amor.

Es este el fin de la vida cristiana, la meta de la oración: la contemplación del rostro del Dios vivo.

Es aquí cuando descubrimos “misteriosamente” el sentido profundo de las cosas. Ante Dios, en un instante, perdemos la noción del tiempo y percibimos la unidad del tiempo que se hace eternidad.

Ahora sí, vislumbramos el proyecto de Dios, tocamos su misterio, y esto nos inunda de alegría y felicidad.

Hemos llamado insistentemente a la puerta de la oración, y ¡por fin experimentamos que se nos abre! Es lo que afirmó Guido el cartujano con sabiduría orante:

“LLAMAD ORANDO Y SE OS ABRIRÁ CONTEMPLANDO”

Pablo, en su carta a los Efesios 3,14-18, lo expresa maravillosamente:

***“Por eso, doblo mis rodillas ante el Padre de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra, para que os conceda según la riqueza de su gloria que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor podáis comprender todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios.*”**

A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a Él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones...”

a. ¿Qué nos ocurre?

- Percibimos la realidad divina, y no podemos ni movernos, nuestras potencias se aquietan... ¡esto se verificará en la vida deificada!
- Si en la Meditatio lo “normal” era discurrir”, aquí estamos en quietud frente a la evidencia de la verdad.
- Ya no discurrimos con la cabeza. Ya no lo hacemos con el corazón: nos ponemos ante la Palabra que moldea una y otro-cabeza y corazón-.
- Tenemos la experiencia del Reino; experiencia de intensidad, entusiasmo, calor. Como los de Emaús, podemos preguntarnos ¿No arde en nuestro corazón la Palabra leída, orada, meditada, y contemplada?

b. ¿A qué nos compromete?

El Cardenal Martini, maestro de la Lectio Divina nos recuerda algo que será clave en nuestra vida cristiana y religiosa, y que se desprende de la “contemplación”:

El momento de la Contemplatio consiste en ponerse en disponibilidad ante el don del amor que se nos da, de dejar vibrar en nosotros el Espíritu:

La Contemplatio es, en parte, ejercicio activo, adorante y amante, y en parte, ejercicio pasivo, espacio dado al Espíritu de Cristo para que en nosotros adore, alabe y glorifique al Padre. El don inconfuso de la caridad está germinalmente presente, como sabemos, en todo bautizado. Sin embargo, muy a menudo no tiene un espacio expresivo, es decir, un espacio corpóreo, mental y estructural: LA CONTEMPLATIO ES PRECISAMENTE EL MOMENTO EN QUE DAMOS ESPACIO CORPÓREO AL ESPÍRITU SANTO. Por eso podemos también llamarlo conversión del hombre, que se vuelve completamente hacia Dios, que lo elige constantemente, atraído por Él, que lo ama con todo el corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas elevadas sobrenaturalmente por el Espíritu.

c. Experiencias iluminadoras

Valgan tres ejemplo -podrían ser muchos más- para explicar qué ocurre en la contemplación y que esta experiencia es única y original en cada uno.

- “¿Miro o me mira? ¿Miro o siento que Él me mira? Cuando el Padre Kolvenbach afirmó, en una ocasión que él rezaba con iconos, alguien le preguntó si los miraba; él, con sencillez contestó: “-No. Son ellos quienes me miran.”
- “No os pido que penséis en Él, -dirá Santa Teresa de Jesús- ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento, no os pido más que le miréis.”
- “La contemplación es mirada de fe fijada en Jesús -reza el Catecismo de la Iglesia Católica N° 2715- `Yo le miro y Él me mira`decía a su santo cura un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario. Esta atención a Él es renuncia de mí. Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús

ilumina los ojos de nuestro corazón, nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres. La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el conocimiento interno del Señor para más amarle y seguirle.”

La experiencia de Dios se verifica en la autenticidad de nuestra vida: Se hace vida.

A partir de ahora, en la escala descendente entra en juego la dimensión horizontal, la relación con el mundo y los hermanos que Dios nos dio para compartir su don.

6. DISCRETIO = DISCERNIMIENTO: La Palabra no está encadenada (2 Tm 2,9), es fuego que quema y abrasa la propia vida (Jer 20,9). Es este el momento de discernir: ¿Cómo encauzar el fuego devorador? ¿Qué opciones y actitudes me exige?

El momento de discernir según Cristo: como Él..

La respuesta a la Palabra es personal, única.

a. Algunas pistas

- Interpretar o reinterpretar, desde la lectura y relectura de La Palabra de Dios, la propia vida: Leer la Palabra en esta situación concreta en que uno se encuentra:
 - -¿ Qué es lo que el Espíritu, por medio de la Palabra me pide hoy?.
- **Puesto que con la “luz” de la Palabra nos llega la “fuerza”. Es este el momento de implorar al Señor que nos dé coraje para secundar lo que hemos visto y entendido.**

“Hermanos, no os amoldéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de nuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto.” (Rm 12,2)

- Una advertencia de labios de San Juan de la Cruz:

“Hay muchos que lo justifican todo diciendo: “Díjome Dios, respondiómeme Dios”. Y no será así, sino que las más veces ellos mismos se lo dicen.”

Ilustrativa, aunque cómica, resulta el relato de aquel joven fraile dominico que durante su noviciado iba muy por libre y

que tenía un poco desconcertado a su Maestro. Éste un día lo llamó y le dijo:” - Fray Domingo, el Señor me ha hecho ver en la oración que Ud. se tiene que marchar a su casa, que no tiene vocación.”

El pobre Fray Domingo sólo atinó a decirle: - Muy bien, Padre Maestro, pero déjeme que yo también vaya a orar para ver qué me dice el Señor.

Al anoecer se encuentran los dos y el Padre Maestro le dice: “- Bien, Fray Domingo, ¿tiene algo que decirme?” “- Si Padre, yo estuve haciendo oración, y a mi el Señor me dice que tengo vocación y que no me tengo que marchar.”

Este paso se va dando en los escalones anteriores: en el proceso de lectura, escucha, meditación, contemplación. Es importante hacerlo siempre presente preguntándose: ¿Qué es lo que Dios quiere y espera de mí aquí y ahora?

“QUERIDÍSIMOS, NO OS FIÉIS DE TODO ESPÍRITU, SINO EXAMINAD LOS ESPÍRITUS, A VER SI SON DE DIOS” 1 Jn 4,1

7. COLLATIO = INTERCOMUNICACIÓN: Es la Palabra compartida con las hermanas.

No estamos solas. Hemos sido llamadas a vivir en comunión de vida, en Comunidad: “lo primero para lo que os habeis convocado es para tener un solo corazón y una sola alma...” Cf. Regla S. Agustín 3. LCM 2.

La Palabra contemplada en el seno de la comunidad, por cada hermana de manera individual, tiene algo que decirnos a través de ellas, a los que una misma, movida por la Palabra, también tiene algo que comunicar. Es la más auténtica comunicación de bienes.

Puede ser un buen ejercicio comunitario, una manera de construir sobre roca, el poner en común en algunas ocasiones lo que cada una pudo ir orando en la Lectio Divina. Tal vez poner en común las lecturas de un domingo, o de una fiesta significativa, o a la hora de elaborar o revisar el proyecto comunitario, etc.

- Es importante mantener un clima de apertura sin prejuicios y de intercambio orante, más que meramente intelectual.

San Gregorio Magno dijo con elegancia y sabiduría:

“Sé realmente que a menudo muchas cosas de la Escritura que a menudo yo no lograba comprender las he comprendido cuando me he encontrado en medio de mis hermanos... Considero como un regalo todo lo que él puede sentir o comprender mejor que yo

... y está en la potestad de la verdad en que ella se manifieste por medio de mí a otros, o que por medio de otros llegue a mí... unas veces toca a uno para que escuche con provecho lo que ha hecho resonar por medio de otro: y otras veces toca a otro que haga oír con claridad lo que otros tienen que escuchar”

8. ACTIO = RESPUESTA: La Palabra ES FECUNDA Y DA FRUTOS. Se hace vida y ella es testimonio, anuncio, compromiso.

Estamos cruzando el puente entre la Lectio y la vida cotidiana, sin la cual ninguna tiene contenido ni sentido: Si contemplamos el rostro de Dios, no podemos seguir viviendo de la misma manera: Algo tienen que cambiar: “Id y contad lo que habéis visto y oído...” (Lc 7,22)

¡Qué bueno es estarnos aquí!... Si, pero hay que bajar. Desde el monte de la contemplación el Señor nos envía. Su Palabra que nos habita, nos habilita para dar testimonio, para ser signo del amor de Dios.

Si a lo largo de la Lectio hemos comprendido que nuestro camino va unido indisolublemente al de Dios; si en la oración hemos emprendido este camino, ahora tenemos que verificar en la vida que es a Dios a quien contemplamos, porque el encuentro con Dios siempre desemboca en el encuentro liberador con los hermanos. Y es que “no todo el que dice Señor Señor entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial.....” (Mt 7,21)

- **La Palabra debe empapar nuestra tierra y recién volver al cielo (Is 55,10).**
- **La Palabra es eficaz y es útil para enseñar, corregir, educar en la justicia (2 Tim 3,16)**
- **Cf. Isaías 29,13; Mateo 15,8-9; Mateo 23,15; Mateo 21,31**



